

la cola del tigre

CLARK CARRADOS



COLECCION

PUNTO ROJO



CLARK CARRADOS

LA COLA DEL TIGRE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 718
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 45.272 - 1975

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: enero, 1976

© Clark Carrados 1976
texto

© Miguel García, 1976
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.465 — El valle de los tontos.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.327 — ¡Mátame un poco, despacio!

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812 — Abogado de revólver.

En Colección KANSAS:

717 — Tumba para un hombre malo.

En Colección BRAVO OESTE:

526 — Clave para el asesino.

En Colección SALVAJE TEXAS:

818 — El fin de la cuenta.

En Colección ASES DEL OESTE:

635 — Las siete chicas de oro.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138 — Contratados para morir.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66 — Destinos ardientes.

En Colección PUNTO ROJO:

713 — 24.000 billetes.

CAPÍTULO PRIMERO

Después de consultar sus datos, el doctor Farquhart se encaró con su paciente, a la vez que le daba una amistosa palmadita en una de sus rodillas.

—Nada de particular, Roger. Nada que no se cure con un poco de descanso y unas píldoras que yo mismo te voy a dar —dijo el galeno—. Somos buenos amigos, conozco de sobra tu labor como físico y sé que, simplemente, padeces un principio de *stress*. Ya sabes, ansiedad motivada, más que por exceso de trabajo, por la tensión de cumplir con ese trabajo. Y es que eres demasiado cumplidor, Roger.

—Mi trabajo me gusta...

—Y hasta te fascina y, lo que es aún peor, te obsesiona. Eso es lo malo de cualquier profesión, cuando se toma con interés que pasa lo normal para llegar a lo absorbente. Tú mismo me has dicho que estabas pensando muy seriamente en tomarte unas vacaciones, probablemente las primeras en muchos años.

—Así es, Guido —respondió el paciente.

—Muy bien, no eres millonario, pero debes de tener un buen pico en el Banco. Consume alegremente la mitad en unas sanas vacaciones, en algún lugar donde no hagas más que comer, dormir y tomar el sol.

—Bueno, si me pintas así la perspectiva... Pero aún tengo algunas cosas que liquidar. Me gustaría dejarlo todo listo, Guido.

—Roger, imagínate por un momento que mueres hoy mismo...

—¡Diablos, me pones los pelos de punta! —se quejó el paciente.

—Hombre, no, sólo era una comparación, Roger. Tu salud es casi perfecta, a falta solamente de unas semanas de absoluto descanso. Lo que yo quería decirte es que, si murieses hoy mismo, ¿se iban a hundir los laboratorios donde trabajas por tu ausencia? Mejor o peor, ¿no habría un sustituto, o dos o tres que continuasen

la labor que tú habrías dejado inacabada? Piensa en estos términos y verás cómo el mundo no se va a hundir para la INR, si tú te tomas esas semanas de vacaciones.

—Pero... si me quedo sin empleo...

El doctor Farquhart levantó los brazos al cielo.

—Un hombre de treinta y un años, con tu categoría, con tu historial científico, con tu mente..., ¿teme quedarse sin empleo? Si bastaría, y tú lo sabes muy bien, con alzar un dedo para que te lloviesen las ofertas más succulentas. Vamos, hombre, vamos, desecha de una vez esas aprensiones y sigue mis consejos.

Roger Banlon miró tímidamente al hombre que tenía frente a sí, un sujeto alto, corpulento, de pelo muy negro y rizado y ojos extrañamente azules. El doctor Farquhart gozaba de justa fama como psiquiatra y, pese a la diferencia de edad, él y su paciente eran bastante amigos. A Banlon le había chocado en un principio el nombre de Guido, pero tuvo la explicación al saber que la madre de Farquhart había sido italiana.

En cuanto a Banlon, era un joven de aspecto, si no insignificante, al menos corriente y vulgar, con grandes gafas de gruesa montura, que, en realidad, servían a unos cristales que corregían una miopía apenas pronunciada. Tenía el pelo castaño, los ojos oscuros, usaba bigote y medía cosa de un metro y setenta y cinco centímetros, lo que le hacía parecer bajo, en comparación con el hombre que estaba a su lado y cuya estatura alcanzaba holgadamente los ciento ochenta y seis centímetros.

—Sólo necesitas descanso y ningún medicamento... Bueno —sonrió Farquhart—, a decir verdad, te daré unas píldoras que te entonarán notablemente. No es un estimulante artificial ni una droga con la que corras el peligro del hábito. Simplemente, un tónico que te sentará estupendamente, tanto en lo físico como en lo mental.

Farquhart tomó de la mesa un frasquito, lo destapó, extrajo una píldora de color rosado y se la entregó a su paciente, junto con un vaso de agua.

—Hay cincuenta, los suficiente para un tratamiento completo —prosiguió el médico—. Toma una cada veinticuatro horas, es decir, cada día, pero procurando que no haya una diferencia en las tomas superior a cuatro horas. Lo mismo da en ayunas que a media

mañana, que a mediodía.

—Pero hoy son ya las seis de la tárele...

—Es igual, por un día, no sucederá nada. Anda, tiéndete en el diván; dentro de diez minutos, el medicamento ya empezará a hacer efectos. Y guárdate el frasco en el bolsillo.

Banlon obedeció. El frasco era de sección rectangular, con aristas redondeadas y tapa deslizante, con seguro de presión en ambos sentidos, tanto para evitar una apertura inoportuna como para que saliera por completo. Entrecerró los ojos, cruzó las manos sobre el estómago y esperó.

—Ah, y un consejo, éste de interés más bien psíquico —prosiguió Farquhart—. Ve a un buen óptico y haz que te coloquen cristales de contacto, en lugar de esos horribles lentes que llevas puestos. En cierto modo, esas gafas provocan en ti un pequeño complejo de inferioridad, que debes eliminar.

—Lentillas de contacto —dijo Banlon.

—Exactamente, Roger. Verás cómo te notarás muchísimo mejor antes de una semana. Pero, sobre todo, envía el trabajo al diablo.

Banlon empezó a sentirse invadido por una dulce languidez. Pero aquella languidez no era precursora del sueño. Por el contrario, se sentía eufórico, como si contemplase las cosas desde un prisma completamente distinto. De pronto, se dio cuenta de que su trabajo y la INR le importaban un pepino.

—Sí, unas semanas de vacaciones..., ocho mejor que cuatro y si son tres meses, al diablo con todo —murmuró.

La mano de Farquhart tocó su hombro repentinamente.

—Roger, han pasado diez minutos —anunció.

Banlon se puso en pie.

—Me encuentro estupendamente —confesó, con abierta sonrisa.

—No sabes cuánto lo celebro. Ah, voy a pedirte un favor, Roger. Tenme al corriente de tu estado, aunque sea por medio de una simple tarjeta postal.

—De acuerdo, Guido. Ahora, dime tú el importe de tus honorarios...

Farquhart se echó a reír, a la vez que palmeaba el hombro de su amigo.

—Ya te enviaré la factura por correo, cuando hayas vuelto de tus vacaciones —contestó—. En estos momentos, me siento como el

vendedor que no cobra un solo centavo, hasta que el comprador ha comprobado la bondad del producto. Ven a verme a tu regreso de las vacaciones... y no te olvides de mi consejo de ponerte lentillas. Lo estimo muy importante y tu miopía, por otra parte, no es demasiado intensa.

Banlon asintió. Sí, más de una vez había pensado en comprar lentillas de contacto, pero nunca lo había hecho, debido a la pereza en cambiar el sistema de corrección de su defecto visual. Ahora lo haría, se prometió.

Cuando salía del consultorio, se cruzó con una muchacha muy alta, elegante, con una figura de gran esbeltez y el rostro enmarcado por una abundante cabellera negra, peinada en dos mitades reunidas en la nuca por un sencillo moño. Banlon la miró con una insolencia que le sorprendió a él mismo, aunque la joven no le hizo el menor caso.

Descendió a la planta baja y salió a la calle. Apenas había dado media docena de pasos, oyó un grito femenino y un juramento nada académico.

Ella era una hermosa mujer de unos veintiocho años, rubia, elegantemente vestida y defendía su bolso de los tirones que daba un sujeto de rostro poco agradable, en el que se divisaban algunas señales de viruela. Banlon apreció también que las cejas del individuo eran casi blancas, lo mismo que su pelo.

No era un viejo, sino un albino, y estaba empeñado en llevarse el bolso de la dama.

Algunos curiosos contemplaban la escena a pocos pasos de distancia, sin atreverse a intervenir. El albino era un tipo muy fuerte y parecía muy enojado por la resistencia de la rubia. Banlon se sintió lleno de indignación al contemplar la escena.

De pronto, saltó hacia delante y tocó en el hombro al ladrón.

—Eh, oiga...

El albino se volvió maquinalmente. Entonces, Roger Banlon hizo como había visto que los agentes secretos y detectives privados hacían en el cine: disparó su puño derecho y alcanzó de lleno el mentón de su oponente.

Un cuerpo humano se desplomó instantáneamente en la acera. Banlon se quedó estupefacto, asombrado de las consecuencias del primer puñetazo que pegaba en su vida.

Una mano se apoyó en un brazo. Banlon se volvió.

—¡Oh, qué valiente! —exclamó la dama.

Banlon la contempló durante unos instantes. Los ojos de aquella mujer eran grandes, rasgados, y sus pupilas le parecieron dos insondables lagos de color azul oscuro, adornando un rostro de maravillosa hermosura.

—Señora, ha sido un placer...

De pronto, sonó una sirena policíaca. Acudió un coche de patrulla. Banlon explicó a los agentes el incidente y sus causas. Uno de los agentes tomó su nombre y el de la dama. El otro cargaba ya con el frustrado ladrón.

—Nos lo llevamos a la comisaría —manifestó el jefe de la patrulla—. Quizá tenga algunas cosillas pendientes.

—Puesto que el robo ha sido evitado, yo no quiero formular ninguna denuncia —manifestó la dama.

Los policías se marcharon con su prisionero. Ella se volvió hacia Banlon y dijo llamarse Hope Stelling. Banlon dio su nombre. De pronto, Hope vaciló y él la sostuvo.

—No ha sido nada, un leve mareo... —murmuró Hope.

—Mi coche está aquí, al lado. Si me permite, la acompañaré a su casa —sugirió él.

Hope le dirigió una cálida sonrisa.

—Está muy cerca, a dos manzanas de distancia —contestó—. No merece la pena que usemos el coche.

—Como guste, señora Stelling.

Echaron a andar. Ella se apoyaba lánguidamente en el brazo del joven. Banlon se preguntaba asombrado qué le había hecho reaccionar de semejante manera. El puñetazo había derribado a un hombre como un castillo, pero ello extrañaba menos a Banlon, sabiendo que un golpe afortunado, sobre todo, propinado inesperadamente, podía pillar a contrapié al adversario y fulminarlo. Lo que realmente le extrañaba era su insólito atrevimiento.

Minutos después, entraban en el lujoso apartamento de Hope Stelling. Estaba elegantemente decorado, con los suficientes toques de buen gusto para evitar un futurismo populachero y sin gracia. Ya era de noche.

Hope señaló un elegante bar bien provisto de botellas de todas

clases.

—¿Sabe preparar combinados, Roger? —consultó.

—Lo intentaré, señora...

Ella le miró de una forma extraña.

—Por favor, llámeme Hope —rogó.

Banlon sonrió.

—Claro, Hope.

—Voy a empolverarme la nariz. Dispénsese unos minutos.

—Desde luego.

El joven se quedó solo. De la mejor manera que supo, preparó dos bebidas.

—Espero que le gusten —murmuró.

Ella regresó casi media hora más tarde. Al verla, Banlon se quedó sin aliento.

Hope vestía ahora una espectacular *negligée* de color rojo fuego y su dorada cabellera quedaba suelta. Al aceptar la copa, Banlon vio surgir un brazo de mármora blanca de los metros de tela que lo habían cubierto hasta entonces, aunque no ocultado, debido a la casi total transparencia del tejido.

—Por mi salvador —brindó ella.

—Hope, no haga que me ruborice. Simplemente, le di un puñetazo a un ladrón —contestó Banlon.

—Sí, pero es el único que se atrevió a defenderme.

—Tenía que hacerlo. No se preocupe más, Hope.

Ella sonreía.

—¿Tiene prisa, Roger?

—Ninguna, Hope. Pero no me gustaría que su esposo llegase y pensara algo malo...

—No tengo esposo —rió ella suavemente.

—Oh... Yo soy soltero.

Hope seguía mirándole de un modo extraño.

—Es usted muy hermosa —dijo él.

—¿Lo dice en serio?

—Hay cosas con las que un hombre no bromearía jamás.

Roger dejó la copa sobre la barra y avanzó hacia Hope. Ella le aguardó a pie firme. Los brazos masculinos ciñeron un talle esbelto, cálido, palpitante de vida.

—Cuando un hombre dice que una mujer es hermosa, debe

probarlo —murmuró Banlon.

Buscó los labios de la hermosa. Hope se colgó de su cuello. Banlon sintió contra su pecho el cálido latido femenino. Cuando las dos bocas se juntaron, Banlon creyó hallarse en el centro de una silenciosa explosión, que le envolvió con sus ardientes llamaradas y le condujo hasta un mundo desconocido, maravilloso...

CAPÍTULO II

Entre las brumas del sueño que aún pesaba sobre sus párpados, Banlon percibió una voz femenina.

—Sí, todo salió como habías previsto, Guy... Pero tú no me habías dicho que... Oh, no te puedes imaginar; no era un hombre..., al menos no un hombre actual, sino que parecía surgido directamente de la Edad de Piedra... Vaya fiera, tú... Claro que no me quejo, ¿qué mujer se quejaría? Pero es que ha sido una sorpresa... Oh, no, no, en absoluto, no ha sido una sorpresa desagradable, ni mucho menos... Ahora está dormido, claro... Muy bien, iré en seguida. Hasta ahora, Guy.

Banlon se preguntó un instante quiénes eran Guy y la mujer que hablaba por teléfono, pero al momento, el sueño volvió a vencerle y se quedó dormido.

Despertó más tarde, sobresaltado, al darse cuenta de que no estaba en su casa. Entonces, de golpe, lo recordó todo: Hope, el ladrón, el puñetazo, las copas que habían tomado juntos Hope en casa de ésta..., y lo que había seguido a continuación.

—Vaya, no me imaginaba que yo fuese así —se dijo, bastante orgulloso.

Fue al baño y luego se vistió, notando el absoluto silencio que reinaba en el departamento. Al dejar el dormitorio para dirigirse al salón, vio una nota sobre el bar. Hope le decía que podía desayunar a su gusto, ya que había café hecho y provisiones en la nevera. Hope había tenido que salir y no sabía cuándo regresaría, pero le rogaba la llamase por teléfono a la caída de la tarde.

—Muy bien, vamos a llenar la tripa —murmuró Banlon, filósofo, al par que hambriento.

Al terminar el desayuno, nada modesto, quiso encender un cigarrillo. Entonces, su mano derecha topó con el frasco de píldoras reconstituyentes que le había dado el doctor Farquhart. Recordó el

consejo y se tomó una. Miró la hora: eran pasadas las once de la mañana.

—Una buena manera de comenzar las vacaciones —se dijo.

En su oficina le estarían echando de menos, pero no se preocupó en absoluto. Silbando alegremente, salió a la calle.

Encontró su coche y volvió a casa. Cuando salía del ascensor, se topó con una hermosa muchacha.

Banlon la miró con cierta insolencia. Ella sostuvo la mirada. De pronto, Banlon recordó que la había visto la tarde anterior al salir del consultorio de su amigo Farquhart. Ella pareció reconocerle también, pero no hizo el menor comentario.

Cada uno caminó en sentido contrario: ella se dirigía al ascensor y Banlon caminó hacia su departamento. Al llegar a la puerta, volvió la cabeza. Ella le miraba desde la puerta del ascensor, pero se metió en seguida y desapareció de la vista de Banlon.

«Preciosa muchacha —pensó él—. Muy guapa, tanto como Hope, aunque en un estilo distinto».

Entró en su departamento. Había alguien esperándole.

Era el albino ladrón.

—Oiga, ¿qué hace...?

Banlon se calló de pronto.

Rectificó su primera impresión. El albino no le esperaba.

«Los muertos no esperan a nadie», murmuró, al ver la roja mancha que había en el centro de la pechera de la camisa.

Un sargento de policía entró en la oficina y entregó un papel al teniente

O'Lyers.

—La víctima se llamaba Félix Vartha —dijo el oficial—. Usted tuvo ayer un choque con él.

—Lo admito. Lo he dicho decenas de veces —exclamó Banlon—. Ese hombre quería robar el bolso a una señora. Yo lo impedí. Le pegué un puñetazo. Vino una patrulla. La víctima, esto es, la señora Stelling, dijo que no quería presentar ninguna reclamación. Luego, yo la acompañé a su casa. Eso es todo, teniente.

—Según el primer informe del forense, Vartha murió alrededor de las seis de la mañana. ¿Dónde estaba usted a esa hora, señor Banlon?

—¿Es necesario que conteste a esa pregunta?

—Si no es el asesino, no veo razones para callar —arguyó

O'Lyers.

—Y si doy el nombre de una persona para que corrobore mi coartada, puede que esa persona niegue que estuve con ella toda la noche, puesto que sería mi palabra contra la suya.

—Inténtelo, doctor Banlon.

—Yo no soy médico...

—Obtuvo el doctorado con calificación *magna cum laude* por su tesis sobre «Blindajes más afectivos de aleaciones ligeras contra la radiación», en la Universidad de Stanford, California. Es doctor en Ciencias Físicas, me parece —sonrió el policía—. Y toda una autoridad en esos temas.

—Bueno, admito que algo he hecho..., salvo matar a Vartha.

—De momento, no le acusamos. Solamente queremos saber qué hizo a partir del momento en que dejó a Vartha en manos de la patrulla de policía.

—Y, ¿qué hizo la policía?

—No había ninguna reclamación contra él y la perjudicada tampoco quiso formular una denuncia, así que lo dejaron libre.

—Ustedes han investigado la vida de Vartha. Tienen que saber que jamás existió ninguna relación entre él y yo.

—Salvo que estaba en su piso, con una bala en el corazón.

—Jamás he poseído un arma de fuego, teniente.

—Bien, pero ¿qué hizo durante la noche, doctor?

Banlon movió una mano cansadamente.

—Antes de darle una respuesta, tendría que consultar con la persona interesada —respondió.

—¿Por qué?

—Para saber si ella..., esa persona, quiere apoyar mis declaraciones. Si yo digo una cosa y esa persona lo contrario, no habremos conseguido nada.

—Usted dice que acompañó a la señora Stelling hasta su casa.

—Sí, y tomamos una copa juntos.

—¿Y después?

Banlon vaciló. De pronto, sonó el interfono.

O'Lyers

tocó una palanquita y dijo:

—Hable, sargento.

—Perdón, teniente. Hay una joven que desea hablar con usted. Es muy urgente.

—Ahora estoy ocupado...

—Por favor, teniente; ella dice que tiene algo muy importante que declarar en relación con la muerte de Félix Vartha.

O'Lyers

torció el gesto. «Alguna chiflada», le oyó mascullar Banlon, un segundo antes de que se abriera la puerta.

Detrás de Banlon sonó una voz de mujer, suave y de timbre muy agradable:

—Perdón, teniente. Me llamo Kate Arnton. He podido enterarme de que tienen detenido al doctor Banlon y he venido a declarar espontáneamente que el doctor no pudo ser el asesino de Félix Vartha, por la sencilla razón de que estuvo conmigo toda la noche y parte de la mañana de hoy, hasta las diez.

Roger Banlon se volvió lentamente en el asiento, estupefacto por lo que acababa de escuchar. Durante unos instantes, había llegado a pensar que se trataba de Hope Stelling, pero ahora se daba cuenta de que la declarante era nada menos que la hermosa desconocida con quien se había cruzado dos veces en menos de veinticuatro horas.

Después de las palabras de Kate, se hizo un profundo silencio en la estancia.

O'Lyers

fue el primero en romperlo:

—Muy bien, señorita —dijo—. Admitiré su declaración, pero me gustaría saber quién, por ejemplo, puede avalar su personalidad...

Kate, impasible, abrió el pequeño bolso que llevaba pendiente del hombro izquierdo y sacó una billetera de piel, que entregó al oficial.

—Creo que esto será suficiente para hacerle comprender que he dicho la verdad —manifestó.

O'Lyers

examinó la billetera y la devolvió a su dueña.

—Perfectamente, señorita Arnton; siendo así, no tengo nada que objetar y, por tanto, retiraré cualquier cargo que pudiera existir

contra el doctor Banlon.

—Muchas gracias, teniente —dijo Kate.

Banlon se puso en pie. Estuvo a punto de lanzar un grito: «Esa chica miente», pero se contuvo, porque en aquellos momentos lo único que quería era librarse de una pesadilla.

O'Lyers

hizo una llamada por interfono. El sargento entró con un sobre en las manos.

—Sus objetos personales, doctor —dijo.

De pronto, el policía reparó en el frasco de píldoras. Examinó brevemente su interior y miró a Banlon.

—Es un medicamento que me ha recetado el doctor Farquhart para combatir un principio de *stress* que padezco —declaró Banlon—. Si no me cree, puedo darle el teléfono y la dirección del doctor...

—Está bien, puede irse, muchas gracias. También a usted, señorita Arnton —dijo el policía.

Banlon y Kate salieron juntos a la calle. Unos pasos más lejos de la comisaría, Banlon se enfrentó con la muchacha.

—¿Por qué ha mentido usted? —preguntó.

—Simplemente, porque sabía que usted no asesinó a Vartha —respondió ella.

—¿Acaso conoce al asesino?

Kate abrió la portezuela de un coche situado junto a la acera.

—Voy a darle un consejo, Roger —dijo—. Empiece sus vacaciones. Olvídese de todo.

—Pero es que yo quiero saber...

Las últimas palabras de Banlon fueron absorbidas por el poderoso rugido del motor del automóvil, que arrancaba a toda potencia. Banlon extendió una mano, pero eso fue todo lo que pudo hacer.

Durante unos momentos, permaneció inmóvil en la acera. ¿Debía seguir el consejo de Kate?

¿De dónde había salido aquella enigmática muchacha, que arriesgaba su reputación para defender a un desconocido?, se preguntó.

De repente se le ocurrió la idea de que tal vez Hope Stelling pudiera aclararle en parte la muerte del albino. Entonces, en un

momento, se acordó de que había oído a Hope hablar por teléfono con alguien y que había hecho ciertos comentarios que se referían a él de una forma muy especial. Captadas las frases de Hope entre sueños, las había olvidado por completo hasta aquellos instantes.

¿Y si todo hubiera sido una trampa?

Ya no se lo pensó dos veces. Agitó la mano para detener al primer taxi que vio libre y, una vez dentro del coche, dio al conductor la dirección de Hope.

Minutos más tarde, entraba en el edificio. El conserje le preguntó cortésmente adónde iba.

—Voy a visitar a la señora Stelling —declaró Banlon.

—¿Señora Stelling? —El conserje arqueó las cejas—. No la conozco. No reside en este edificio.

—Se llama Hope Stelling y vive en el

16-A...

¡Por cierto, usted estaba ayer cuando yo llegué, acompañando a la señora Stelling! —exclamó Banlon.

El conserje le miró de pies a cabeza.

—Perdóneme, señor, pero es la primera vez que le veo. Insisto, en este edificio no vive ninguna señora Stelling. El departamento

16-A

está ocupado por el señor y la señora McGeering. ¡Mire, precisamente ahí va el señor McGeering!

Banlon volvió la cabeza. Un hombre de mediana edad y aspecto próspero, entraba en el vestíbulo en aquel momento, llevando de sus correas a dos pekineses que organizaban un alboroto mayúsculo, tratando de morderse con el agrio humor propio de los perros de su raza.

—Buenas tardes, señor McGeering —saludó el conserje cortésmente, a la vez que se quitaba la gorra.

Banlon se quedó perplejo. Le habían ocurrido muchas cosas, ciertamente, pero era un hombre de certero golpe de vista, sus cristales correctores estaban bien graduados y la memoria no le fallaba jamás.

Podía olvidar momentáneamente una cosa, como todo el mundo, pero cuando la recordaba, estaba en condiciones de citar, cuando menos, los detalles más esenciales. Y el número

16-A

no era una ilusión de su mente.

De repente, sintió una absoluta indiferencia hacía todo lo sucedido.

A fin de cuentas, él no había matado a Félix Vartha ni éste le había robado nada de su casa. El encuentro con Hope había sido muy agradable, una aventura maravillosa.

Era joven y no dependía de nadie, ni nadie dependía de él. Farquhart tenía razón: la INR no se iba a hundir porque se tomase unas vacaciones, olvidándose incluso del detalle de anunciarlas.

El conserje le miraba con curiosidad. Banlon le dirigió una amistosa sonrisa.

—Adiós, amigo —se despidió.

Al día siguiente, encargó las lentillas de contacto. Una agencia de viajes se preocupó de todo lo necesario para que pudiera hospedarse en uno de los mejores hoteles de Miami. Veinticuatro horas más tarde, estaba camino de Miami.

Al segundo día de su estancia en Florida, se miró al espejo.

—¡Fuera bigote! —decidió.

El aditamento capilar del labio superior, bastante frondoso, desapareció. Roger Banlon se sintió muy satisfecho de su nuevo aspecto. Sin gafas y sin bigote, parecía otro. Pero aún había algo que hacer para completar mejor una fisonomía más agradable: se cortó el pelo, dejándoselo bastante corto, al estilo de los antiguos emperadores romanos. Cuando se vio así ante el espejo, juntó el pulgar y el índice en círculo, se guiñó un ojo a sí mismo y dijo:

—Perfecto.

CAPÍTULO III

Transcurrió una semana.

Roger Banlon se había entregado al descanso de una forma prácticamente absoluta: dormía de ocho a diez horas diarias, de un tirón, sin necesidad de tranquilizantes, pasaba largas horas en la playa, tostándose o nadando y ya empezaba a pensar en practicar el esquí náutico, cosa que no había hecho hasta entonces en su vida. Por supuesto, no olvidaba un solo día tomar la grajea correspondiente.

Además, había hermosas mujeres.

Empezó a miraras. Algunas le correspondieron. Banlon empezó a pensar en la vida de búho sabio que había llevado hasta entonces. Realmente, se dijo, el encuentro con Hope Stelling le había abierto mucho los ojos.

Inesperadamente, cuando finalizaba el último día de la semana de estancia en Miami, al regresar al hotel, se cruzó con una espectacular pelirroja, que parecía aguardar a alguien, junto al bordillo de la acera.

Un hombre se acercó a la pelirroja. El individuo alargó la mano y tiró del bolso. Ella empezó a chillar frenéticamente, a la vez que se resistía con todas sus fuerzas al despojo.

—Ayúdeme, por favor —pidió a Banlon.

Banlon dio un paso. De pronto, se detuvo y lanzó una risita.

—¡Je, je...!

El ladrón consiguió finalmente su objetivo y escapó con el bolso en las manos. Banlon había dado ya media vuelta y se dirigía al hotel.

—Se creían que iba a tropezar por segunda vez en la misma piedra —dijo, a la vez que cruzaba el amplio vestíbulo en dirección al bar.

Se acercó a la barra. Entonces vio un rostro conocido.

Ella estaba sobre un taburete, consumiendo un refresco. Vestía blusa clara y *shorts* a juego. Banlon se situó a su lado.

—Hola, Kate Arnton —saludó.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Banlon soltó una risita.

—Trate de verme con el pelo más largo, gafas, bigote y la piel más clara —respondió.

Kate se quedó sin aliento.

—¡Cielos, qué increíble transformación! —exclamó.

—¿Le gusto? —preguntó Banlon.

—Por favor —dijo ella con aspereza—. Está cambiado, eso es todo, doctor.

—Kate, ¿por qué no me llama Roger?

—No intente dárse las de conquistador conmigo. No está mejor ni peor que antes; simplemente ha cambiado de aspecto.

—También he cambiado en otras muchas cosas, Kate.

De repente, alguien se acercó a la barra.

—Oiga —dijo la pelirroja.

Banlon se volvió. La pelirroja alzó su mano derecha y le asestó una tremenda bofetada.

—¡Cobarde! —le apostrofó, un segundo antes de dar media vuelta y alejarse con vivo taconeó.

Kate soltó una risita.

—Vaya, parece enfadada —comentó.

—Sí —convino Banlon—. Y, ¿sabe por qué?

—Dígamelo, se lo ruego.

—Ella tiene razón; soy un cobarde, porque no quiero dar mi nombre a los cuatro hijos que hemos tenido ni al quinto que está por llegar.

Kate abrió la boca, estupefacta. Banlon dio media vuelta y se encaminó al ascensor que le conduciría a su habitación.

El encuentro con Kate le preocupó un poco, aunque no demasiado. A la hora de acostarse, el sueño acudió con normalidad. Pero muy avanzada la madrugada, todavía de noche, se despertó inesperadamente.

Había alguien en su habitación. Una silla se desplazó ligeramente por el suelo, debido sin duda a un leve golpe con una rodilla. Banlon pudo escuchar con claridad el roce de las patas de la

silla contra el pavimento.

Abrió un ojo. De espaldas a él, había un individuo hurgando en los cajones de la consola, donde tenía sus ropas. Banlon se levantó en silencio y caminó hacia el intruso. Al llegar a su lado, le tocó en el hombro.

Se llevó una sorpresa, porque el sujeto se revolvió velozmente, a la vez que le empujaba con el brazo derecho. Banlon retrocedió unos pasos y cayó de espaldas, con los pies por alto.

Inmediatamente trató de levantarse. Entonces, horrorizado, vio que el intruso le apuntaba con una pistola.

Algo chasqueó de pronto. El intruso soltó el arma, se tambaleó y rodó por el suelo. La luz de la estancia se encendió un segundo después.

Banlon se encontró ridículo, caído en el suelo y en pijama. Pero al reconocer a Kate, se puso en pie de un salto.

—Usted...

Ella le dirigió una larga mirada. Luego guardó en el bolso la pistola de largo cañón, con silenciador, que acababa de usar unos segundos antes.

El arma fue a parar al bolso que pendía de su hombro izquierdo. Kate vestía ahora una chaquetilla oscura y pantalones del mismo color. Corrió hacia el caído y se arrodilló a su lado.

—Está muerto —dijo sobriamente.

Banlon se tambaleó.

—Menuda complicación —se quejó.

—Le he salvado la vida.

—Hombre, sí, lo admito, pero..., ¿cómo vamos a explicar la presencia de este cadáver en mi habitación?

Kate no le contestó. Se retiró a unos pasos de distancia y sacó algo del bolso.

Era un transmisor portátil. Banlon la oyó decir:

—Ken, hay complicaciones. Sube, por favor.

De pronto, Banlon vio algo en el suelo, junto a la consola. Se inclinó y recogió el frasco de las píldoras que le había dado el doctor Farquhart.

—¿Qué es eso? —preguntó Kate.

—Un medicamento que tomo por consejo de mi médico —respondió él—. Pero, dígame, ¿qué hace usted a las... —consultó el

reloj—, a las tres y media de la madrugada en mi habitación?

—No se preocupe por eso —sonrió Kate—. ¿Le preparo una copa? Creo que nos convendría a los dos, Roger.

—Si usted lo dice... Oiga, en su caso, yo no me sentiría tan tranquilo, después de haber dado muerte a un hombre.

—Por eso necesito yo también la copa.

Había un pequeño bar en la habitación, con frigorífico incorporado. Kate llenó en parte dos vasos, puso algo de hielo y entregó uno a Banlon.

—Espere, me pondré una bata...

—¿Cree que me asusto de verle en pijama? —sonrió ella—. Beba, lo está necesitando.

Banlon despachó su copa en un par de tragos. Le parecía mentira estar bebiendo con una hermosa joven, a altas horas de la madrugada y con el cadáver de un desconocido en la habitación.

—Tengo que hacerle una pregunta, Kate —dijo.

—Bien, hágala.

—¿De dónde ha salido usted tan oportunamente? Porque no irá a decirme que se ha equivocado de habitación, ¿verdad?

Ella sonreía enigmáticamente.

—La verdad, me gusta ahora mucho más que antes —respondió—. No es que pareciera un viejo, pero su aspecto es ahora mucho más atractivo, más juvenil.

—Kate, no intente conquistarme —refunfuñó él.

—Si quisiera conquistarle, se lo diría más claramente.

—Ya. No es usted modesta.

—Roger, ¿por qué se vino a Miami?

—El doctor Farquhart me recomendó una buena temporada de vacaciones. Pero después de lo que ha pasado, me parece que voy a emigrar.

—No se vaya. Siga en Miami.

—Claro, en la cárcel. A propósito, no hemos llamado a la policía.

Banlon se acercó al teléfono. La voz de Kate sonó a sus espaldas:

—No lo toque, Roger. Me disgustaría mucho tener que disparar contra usted.

Banlon inspiró con fuerza. Separó la mano del aparato, que no había llegado a tocar siquiera, y se volvió hacia ella.

—Kate, tengo que decirle...

De súbito, todo empezó a dar vueltas a su alrededor. La figura de Kate se alejó rápidamente. Regresó, bailando una enloquecedora danza, perdidos los contornos, multiplicándose su imagen ininidad de veces, a la vez que los vestidos se tomaban multicolores, con todos los tonos del arco iris. Vagamente se dio cuenta de que iba a caer y el instinto le hizo buscar la cama, sobre la que cayó de bruces, atravesado.

Kate se acercó a la cama y le miró con simpatía. Luego dejó el bolso a un lado, agarró a Banlon por los tobillos y lo puso en situación normal, cubriéndolo a continuación. Entonces, llamaron a la puerta.

Abrió. Un hombre alto, fornido, de pelo claro, apareció en el umbral.

—Tenemos que arreglar esto, Ken —dijo ella.

—Sí, Kate.

Por la mañana, Banlon se levantó normalmente y pidió el desayuno, que consumió después de la ducha. A continuación, tomó la píldora y bajó a recepción.

—Quiero hablar con el director del hotel —manifestó al conserje —. Es muy urgente.

—Sí, señor, al momento.

El director compareció a los pocos momentos.

—¿Doctor Banlon?

—Señor Mahaby, voy a denunciarle un crimen que se ha cometido la pasada madrugada en la habitación que ocupo —dijo el joven muy serio.

—¿Un crimen? —Se asomó el director.

—Sí, eso es. Entró un ladrón en mi cuarto y alguien disparó contra él, matándolo. Como sin duda sabrá, ocupo la habitación 7-C...

—Ha dicho habitación

7-C

—exclamó Mahaby.

—Sí, eso mismo. Eran las tres y media cuando...

—Perdón, doctor. Creo que está equivocado. Según mis informes, usted ocupa la habitación

8-C.

Banlon parpadeó.

—Jennings, el libro de registro, por favor —pidió Mahaby—. Por cierto, doctor Banlon, ¿ha devuelto la llave de su habitación?

Banlon se metió la mano en el bolsillo y sacó la llave, de la que pendía un pequeño círculo dorado, con el nombre y el emblema publicitario del hotel, y la cifra

8-C

en la otra cara.

Sobrevino un intervalo de silencio. Banlon se dio cuenta de que los dos hombres le contemplaban con expectante cortesía.

—Tal vez el doctor sufrió una pesadilla y ha confundido lo que vio en sueños con la realidad —apuntó Mahaby.

Banlon se dio cuenta de que el director del hotel le ofrecía una salida. De nada serviría protestar, ni siquiera en los términos más violentos. Alguien tenía interés en ocultar lo sucedido en la habitación

7-C.

—Pues... sí, es probable que haya ocurrido lo que usted dice, Mahaby —exclamó de pronto, con una sonrisa de circunstancias—. Se habría organizado un escándalo mayúsculo si se hubiese cometido ese crimen, me parece.

Mahaby elevó los ojos al cielo.

—¡Dios nos libre de una complicación semejante! —rogó.

Banlon dejó la llave sobre el mostrador.

—Bien, voy a darme una vueltecita por la playa —se despidió.

Pasó gran parte de la mañana tumbado bajo la sombra de un gran parasol, con la mente fija en los acontecimientos de la noche. Había sorprendido a un ladrón, éste había intentado matarle. Kate Arnton había aparecido como de milagro y se había «cargado» al ladrón; luego había tomado una copa... y era capaz de apostar su sueldo de un año contra un centavo a que Kate, que había servido las copas, había puesto un narcótico en la suya.

El resto, bien pensado, tenía una fácil explicación. Aunque, por supuesto, Kate no estaba presente para completar algunos detalles que aún quedaban oscuros.

De pronto, divisó a la pelirroja.

Ella estaba a diez pasos, sobre la arena, vestida con un

minúsculo dos piezas de color rojo fuerte, charlando con unos conocidos. Era una mujer guapa, espectacular, de risa franca y abierta. Banlon le calculó entre veintiocho y treinta años, nada inexpertos.

Al cabo de unos minutos, la pelirroja se puso en pie y cubrió su cuerpo con una corta bata de baño. Tomó su bolso, metió los pies en unas sandalias y se dispuso a abandonar la playa.

Banlon la siguió instantes después.

CAPÍTULO IV

La pelirroja se sentó tras el volante de un coche descapotable. Banlon se apoyó en la portezuela del asiento opuesto y se quitó los lentes de color.

—Deseo ofrecerle mis disculpas, ya que ayer no le ofrecí mi ayuda —dijo.

Ella le miró, tras los enormes lentes de aparatosa montura que cubrían sus ojos, y acabó por sonreír.

—Suba —invitó.

—Me llamo Roger Banlon —dijo él, una vez sentado junto a la pelirroja.

—Vera Evids —se presentó ella.

—Hola, Vera. ¿Me perdonas?

—Estás perdonado ya, Roger. A fin de cuentas, me cobré la deuda ayer.

—Siento no haberte ayudado, Vera, pero es que hace linos diez días, me sucedió un caso semejante. Entonces, evité que la dama perdiera su bolso. Ella me invitó a su casa y luego me desvalijó.

Era una mentira a medias. Banlon no sentía deseos de mencionar el asesinato del albino.

Vera se echó a reír.

—Siendo así, lo comprendo perfectamente. El gato escaldado, etcétera, ¿no?

—Sí, eso es cierto. Oye, Vera, tienes una mano muy pesada.

—Estaba furiosa. Discúlpame tú.

—¿Perdiste mucho?

—Un par de cientos. Por fortuna, no llevaba encima la documentación.

—Yo compensaré esa pérdida. A propósito, ¿adónde vamos?

—Tengo un *bungalow* alquilado. ¿Te apetecería un bocadillo y una cerveza bien fría?

—Dos bocadillos y dos cervezas, Vera.

—Eres hombre de buen apetito, Roger.

—A veces, me siento antropófago. Ahora, por ejemplo.

Ella soltó una risita.

—No vayas a mordirme, Roger —pidió.

—Voy a ser vulgar, pero no sé expresarlo de otra forma: Estás como para comerte.

—Viva.

—Claro, si no, no tendría gracia.

Vera le dirigió una mirada de soslayo.

—Empiezo a sentir miedo —murmuró.

—Si yo estuviese en tu lugar, también lo sentiría, Vera.

—Me dan ganas de dejarte aquí mismo, pero me siento morbosamente fascinada y quiero llegar hasta el fin. Hay una fuerza superior a mí, que me impele a la catástrofe, sin que yo pueda evitarlo.

—Te aseguro que no será una catástrofe, sino todo lo contrario.

Vera volvió a reír. Banlon bajó la vista hacia las piernas, que la corta bata de baño, al abrirse, dada la postura, había dejado casi completamente al descubierto.

—Sí, ahora comprendo a los antropófagos —dijo.

Minutos más tarde, llegaban al *bungalow* de Vera, una construcción en serie, en una zona donde abundaban los edificios de la misma clase. Después de entrar en la casa, ella dijo que iba a preparar los bocadillos.

—Ponte cómodo, Roger. Volveré dentro de unos minutos.

Banlon examinó el interior de la salita. Había una consola en un rincón y descubrió algunas botellas, al acercarse a la consola, divisó una pequeña agenda al lado.

Llenó una copa, tomó un trago y abrió la agenda. Uno de los nombres que primero saltó a su vista fue el de Hope Stelling. En la anotación, también figuraban las señas.

Debajo había un nombre: Guy. Y un signo de interrogación.

Durante unos segundos, Banlon permaneció con la vista fija en la agenda. Había más direcciones, pero tuvo la sensación de que se trataba de personas sin interés para él.

La dirección de Hope no era la que él conocía. Memorizó aquella anotación. Un día, tal vez, tendría necesidad de entrevistarse con

Hope.

Vera salió minutos más tarde, con una gran bandeja en las manos. Había cambiado la bata playera por una blusa y unos *shorts* y llevaba una cinta amarilla en torno a su espectacular cabellera.

—He procurado hacer apetitosos los bocadillos, a fin de obligarte a abandonar tus costumbres antropófagas —sonrió Vera.

—Cuando no tienen un explorador a mano, los antropófagos se contentan con lo que encuentran —respondió él.

Mordisqueó el primer bocadillo. Vera estaba sentada a su lado. De pronto, Banlon dejó el bocadillo a un lado.

—No me gusta —dijo.

—Oh, cuánto lo siento. ¿Qué te apetece más, Roger?

Banlon alargó los brazos y atrajo a la pelirroja hacia sí.

—Tú —dijo ardientemente.

—Roger, por favor...

Era una resistencia puramente formularia. Banlon sabía que Vera se iba a rendir muy pronto. Y así fue.

De súbito, Banlon clavó los ojos en el rostro de Vera, invadido por una dulce languidez.

—Vera, dime, ¿quién es Guy?

Ella se incorporó vivamente.

—¿Qué has dicho? —exclamó.

—He pronunciado el nombre de Guy. Y quiero saber quién es.

—No entiendo en absoluto, Roger.

Vera se levantó.

—¿No tenías que marcharte a alguna parte, Roger? —sugirió fríamente.

Banlon guardó silencio durante unos momentos. Luego se acercó a la pelirroja.

—Vera, creo que tú no me conoces bien —dijo.

—¿A qué te refieres, Roger?

Banlon alargó su mano y asió la muñeca derecha de Vera. De repente, ella se encontró con el brazo a la espalda. El brazo izquierdo de Banlon se ceñía fuertemente a su talle.

—Me disgusta hacer esto con una chica bonita, pero no me queda otro remedio —dijo, asombrado de su propia audacia.

—Suéltame... —jadeó Vera.

Banlon acentuó levemente la presión.

—El truco del bolso robado estaba preparado de antemano. Esta vez, sin embargo, no caí en la trampa. Pero en vista de que habías fracasado, fuiste luego al hotel para darme una bofetada y así excitar mi curiosidad hacia ti. Bien, ya estoy en tu casa. ¿Dónde está el cadáver?

—¿Qué cadáver? —se asombró Vera.

—Tiene que haber un muerto en alguna parte. En los últimos tiempos, cada vez que me encuentro con una mujer hermosa, aparece un cadáver.

—Roger, te juro que estamos tú y yo solos...

—Bien, vamos a recorrer la casa. —De pronto, se fijó en el enorme armario ropero que cubría casi por completo una de las paredes de la estancia—. Podemos empezar por ese armario —indicó, a la vez que la empujaba con ambas manos.

Cuando estaban junto al ropero, la soltó, para asirla inmediatamente por el cuello.

—Abre —ordenó.

Vera descorrió las puertas del armario.

—¿Lo ves? —dijo ahogadamente—. No hay ningún cadáver...

—Entonces, ¿por qué me trajiste aquí? —Banlon acentuó levemente la presión de sus manos—. ¿Quieres que apriete a fondo?

—No, no, espera... —chilló Vera, llena de pánico—. Aguarda un momento, yo te diré...

—Bien, será mejor que vayamos al salón. Pero creo que te conviene soltar la lengua, hermosa.

Banlon se preguntó a sí mismo de dónde había sacado aquel talante audaz y resuelto, del que no se habría creído capaz dos semanas antes. Lo cierto era que Vera le obedecía como un manso corderillo.

Llegaron al salón. Vera dijo que iba a llenar dos copas.

—Bebe tú, si quieres —gruñó él, desconfiado.

La pelirroja se volvió de espaldas. Estuvo así un momento y luego, de pronto, giró en redondo. Banlon respingó, al ver la pistola que había aparecido de inmediato en la mano de Vera.

—Voy a matarte —anunció ella.

Banlon procuró mantener la serenidad.

—No conseguirás nada —dijo.

—¿Lo crees así?

—Vera, tú me has tomado por tonto. Cuando fuiste a preparar los bocadillos, yo me tomé una copa. Registré la consola. Encontré la pistola y la descargué.

Ella lanzó una ahogada exclamación. Instintivamente, bajó la vista, lo que permitió a Banlon realizar un fulgurante movimiento semicircular con el brazo derecho. El manotazo hizo saltar la pistola por los aires.

—¡Me has engañado! —chilló Vera, a la vez que se precipitaba para recoger el arma.

Al inclinarse, quedó de espaldas a su huésped. Banlon no desaprovechó la ocasión y ahora usó el pie. Vera salió disparada hacia delante, cayó, resbaló por el suelo y quedó encogida junto a la pared.

—Es una lástima tener que tratar así a una mujer tan hermosa —dijo, mientras se apoderaba de la pistola.

Vera, apoyada en una mano, le miró aterrada. Banlon hizo un gesto con el índice de la mano derecha.

—Ven —llamó.

—No —dijo ella, asustada.

—No te lo repetiré más, Vera.

La pelirroja obedeció.

—Dime —preguntó Banlon, cuando ella estuvo a su altura—, ¿quién te ordenó que me trajeras a esta casa y con qué propósitos?

—No sé nada... Tú te equivocas...

—Está bien. Si te lo tomas así, aún perderás más.

De pronto, retorció su brazo derecho.

—Estoy dispuesto a rompértelo si no hablas con claridad —amenazó—. Ya no perderé más el tiempo. ¿Quién es Guy, preciosa?

—Afloja un poco y te lo diré...

Banlon y Vera estaban frente a la puerta del dormitorio. Alguien la abrió de pronto.

Un hombre, de grandes gafas oscuras y enorme bigote, apareció en el dintel, armado con una pistola. Banlon se agachó instintivamente.

Sonaron dos chasquidos. Vera se estremeció de una forma espantosa.

Banlon notó claramente el impacto de las balas contra el cuerpo

de la pelirroja. Agachado tras ella, procuró sostenerla como parapeto. Por encima de su cabeza, oyó el terrorífico sonido de un hueso frontal al ser perforado por un proyectil. El cuerpo de Vera se desmadejó y Banlon, intuyendo que ya no podría sostenerla, se tiró al suelo.

Frenéticamente buscó su pistola. No sabía manejarla, al menos con la puntería necesaria, pero calculó que un arma en su mano, impresionaría al asesino.

Pero ya no hubo más disparos.

Al cabo de unos segundos, Banlon se arriesgó a asomar la cabeza por encima del parapeto de inanimada carne humana que era la pelirroja.

La puerta del dormitorio se había cerrado de nuevo. Prudente, Banlon se abstuvo de intentar siquiera la persecución del asesino.

Una cosa era segura: cualquier secreto que Vera pudiera conocer, ya no sería revelado jamás.

Lentamente se puso en pie. La sangre manaba lentamente de los tres orificios que las balas habían abierto en el pecho y en la frente de Vera. Quienquiera que fuese el autor de los disparos, se había asegurado con el último el silencio de la pelirroja.

Inspiró fuertemente. Al asomarse con gran cautela a una ventana, apreció que todo seguía tranquilo en la vecindad.

El asesino, sin duda, había llegado por la parte trasera. Banlon había podido darse cuenta de que vestía de un modo absolutamente corriente, sin ningún detalle especial en su indumentaria. Por otra parte, los grandes bigotes y los lentes de color, eran tan abundantes en Miami como los trajes de baño.

Al menos, se dijo, le quedaba la agenda de direcciones de Vera. Caminó hacia la consola, pero entonces se dio cuenta de que la agenda había desaparecido.

Frunció el ceño. Aquella desaparición era algo muy lógico, si se tenía en cuenta que la consola estaba junto a la puerta del dormitorio. El asesino había alargado fácilmente la mano, apoderándose de la agenda mientras él estaba tendido en el suelo.

Banlon se preguntó si debía avisar a la policía. Después de lo ocurrido durante la noche, llegó a una conclusión negativa.

—¡Que se vayan todos al diablo! —refunfuñó.

Abandonó la casa y caminó, hasta que divisó un taxi, que le

condujo al hotel. Apenas llegó, se dirigió a recepción:

—Preparen mi factura y hagan el favor de encargar un pasaje para el primer avión que despegue —ordenó.

—Bien, señor —contestó el empleado.

Banlon subió a su habitación y empezó a hacer el equipaje. Estaba absolutamente seguro de haber ocupado la

7-C

hasta el momento en que descubrió al ladrón registrando sus cosas.

¿Quién había ayudado a Kate Arnton a subirle a la habitación

8-C?

Que Kate le había narcotizado, quedaba fuera de toda duda.

Pero ¿por qué?

—¿Qué tengo yo que ver con todos estos líos que se traen entre manos? —se preguntó, furioso.

De pronto, sonó el teléfono.

—Le llaman de Nueva York, señor Banlon —dijo la telefonista.

—Está bien —gruñó él.

Una voz conocida, sonó en sus tímpanos.

—¿Roger? Soy Guido. ¿Cómo te encuentras? ¿Qué tal tus vacaciones? —preguntó el doctor Farquhart.

—¿Mis vacaciones? Pues...

Banlon se contuvo unos instantes. Había estado a punto de soltar una retahíla de quejas, pero lo pensó mejor. Farquhart no tenía por qué conocer ciertos problemas. Y, bien mirado, su salud había mejorado considerablemente desde el primer día.

—Oh, estupendamente, Guido —continuó—. Me encuentro fuerte como un roble y sin ninguna clase de preocupaciones.

—Eso es magnífico, Roger. Oye, dijiste que pensabas completar esas vacaciones con un viaje a Europa.

—Pues... —Banlon creía recordar haber mencionado algo al respecto, aunque sin concretar en exceso—. Sí, quizá haga ese viaje... De momento, vuelvo a Nueva York —manifestó.

—Roger, me darías un disgusto si esa vuelta significase también el regreso a tu trabajo. Por muy bien que te encuentres, tu estado de salud no es aún del todo satisfactorio. Antes de dos semanas, se produciría la recaída y esta vez sería mucho más grave, ¿comprendes?

—Caray, es todo un panorama —se sobresaltó Banlon.

—Me gusta ser sincero con mis pacientes, sobre todo, si se trata de un buen amigo. ¿Me permites un consejo, Roger?

—Claro, hombre.

—Sigue en Miami. No vuelvas a Nueva York, porque yo sé que si vuelves, al día siguiente estás en tu laboratorio. Hazme caso y consolida esa mejoría hasta que se convierta en un restablecimiento total.

—Está bien, Guido, me quedaré.

—Así me gusta, hombre. Ah, y si decides viajar a Europa, avísame antes, te lo ruego.

—Descuida.

Banlon dejó el teléfono en la horquilla. Quizá el doctor Farquhart tenía razón, se dijo.

Segundos más tarde, llamaba a recepción.

—Soy Banlon —dijo—. Cancen las órdenes que di hace unos minutos. Me quedo en Miami.

—Bien, doctor.

CAPÍTULO V

La orquesta tocaba lánguidos aires tropicales, mientras las parejas bailaban en la explanada del hotel. La piscina, enorme, reflejaba las luces. Algunos se bañaban, ajenos por completo al baile y a la música.

Sentado a una mesa, Banlon contemplaba el espectáculo con aire distraído. Vestido adecuadamente para la ocasión: *smoking* blanco, pantalón negro y lazo color rojo vivo. Tenía delante de sí una copa, en la mano izquierda un pitillo y las yemas de dos dedos de la mano derecha, seguían el compás de la orquesta.

Una hermosa rubia, de asombroso escote, pasó bailando a pocos pasos, estrechamente abrazada a un sujeto gordo, bajo, calvo y sudoroso. La rubia le guiñó un ojo descaradamente. Banlon simuló no haber visto la poco disimulada llamada; no quería ya más líos con mujeres.

«Cada vez que me acerco a una, hay un asesinato», pensó.

Pero, de pronto, vio a una hermosa muchacha de pelo negro y tez suavemente tostada y el corazón le dio un brinco en el pecho.

Kate Arnton se había parado a la entrada de la pista de baile y recorría el lugar con la mirada, como si buscara a alguien. Banlon apreció la singular esbeltez de la muchacha, que ella había sabido subrayar con un elegantísimo modelo de pechera completa, pero sin espalda. El color amarillo fuerte de la tela era un agradable contraste con el pelo negro y la piel que quedaba al descubierto.

Banlon se puso en pie.

—Si busca pareja, aquí tiene —dijo, galante.

Kate le miró con frialdad.

—No, muchas gracias —rechazó el ofrecimiento.

—Entonces, permítame invitarla a una copa.

—Tampoco. Déjeme.

De pronto, Kate dio media vuelta y se alejó del lugar. Banlon se

emparejó con ella.

—Tenemos que hablar, Kate —dijo.

—No, Roger.

Banlon emitió una risita. En aquel momento, atravesaban los jardines del hotel, por una zona bastante oscura. Su mano derecha se disparó, atenazando uno de los brazos de la muchacha.

Kate lanzó un ahogado grito al sentirse arrastrada al otro lado de un alto seto. Antes de que pudiera aprestarse a la defensa, sintió que dos fuertes brazos enlazaban su cintura.

Unos labios masculinos cerraron su boca en el momento en que se disponía a gritar. Kate forcejeó, pero todo resultó inútil.

A los pocos segundos, Banlon se separó de ella, aunque continuó sujetándola por los brazos.

Sonreía satisfecho.

—Estamos casi en paz —dijo.

—¿Cómo se ha atrevido...? —exclamó ella, furiosa.

—Porque es joven y guapa. Si fuese vieja y fea, créame, ni la miraría a la cara.

—Está bien, pero suélteme.

—No, Kate. Tenemos que hablar.

—Se equivoca, Roger...

—Kate, usted me salvó la vida, no lo discuto. Pero a continuación me narcotizó. Al día siguiente me desperté en la habitación, idéntica a la mía, con la salvedad de que se encontraba en el piso superior. ¿Por qué han ocultado la muerte del ladrón? ¿Cómo han conseguido la complicidad del director y algunos de los empleados del hotel?

Kate le miraba fijamente.

—¿No le basta con haber salvado la vida? —preguntó.

—Kate, ¿recuerda la pelirroja que me abofeteó en el bar?

—Sí —se extrañó ella.

—Nos encontramos al día siguiente en la playa. Trabajamos amistad...

—¿Amistad? ¡Dijo que había tenido cinco hijos coa ella y que esperaban el quinto!

Banlon se echó a reír.

—Tengo derecho a ser un poco humorista, ¿no le parece? En serio, la pelirroja había querido tenderme una trampa, pero yo no

piqué. Sí, así como lo oye, una trampa igual a la que me tendieron en Nueva York.

—Siga —pidió ella.

—Bien, como decía, trabamos amistad. La pelirroja me invitó a su casa...

—¿Cómo se llama? —preguntó Kate.

—Se llamaba.

—¿Cómo?

—Era una mujer muy agradable. Pero alguien le disparó tres tiros; dos al pecho y el de gracia, en el centro de la frente, para que no hablase. Vera Evids murió instantáneamente.

—No he leído noticia alguna sobre ese crimen —manifestó Kate.

—Yo tampoco y eso que hace tres días que ocurrió. Pero hay alguien que les hace la competencia en eso de ocultar cadáveres.

—Roger, ¿está seguro de que Vera murió?

—Kate, no soy médico, ni mucho menos. Pero vi, sobre todo, el agujero que ella tenía en medio de la frente. Los dos del pecho, calculo, debían de ser igualmente mortales, aunque quizá hubiera podido hablar unos minutos. El tiro de gracia evitó esa posibilidad.

—Bien, pero ¿por qué la mataron?

—¿Por qué mataron a Vartha? ¿Por qué mató usted al ladrón?

Kate se mordió los labios.

—Todavía estoy sujeta —se quejó.

—Y lo seguiré, hasta que me aclare este misterio.

—Roger, por favor...

—No, Kate.

Las manos de Banlon acentuaron su presión en los antebrazos de la muchacha. Ella apretó los dientes para no gritar.

De pronto, Banlon, al mirar por encima de los altos hombros de Kate, vio una sombra sospechosa al otro lado del seto, a unos seis o siete pasos de distancia. Un oscuro instinto le hizo tirarse a un lado, arrastrando consigo a la muchacha, a la vez que un arma, provista de silenciador, chasqueaba rapidísimamente varias veces.

Las balas hicieron volar hojas y ramas del seto. Un segundo después, se oyeron pasos precipitados de una persona que escapaba a toda velocidad.

Banlon se puso en pie y alargó una mano para ayudar a levantarse a la muchacha. Kate rechazó su ayuda, pero de pronto, le

golpeó en el estómago.

Fue un gesto que pilló a Banlon totalmente por sorpresa. Cuando quiso darse cuenta, estaba sentado en el suelo, sin respiración y hasta sin ánimos para lanzar un grito.

Al cabo de unos momentos, pudo levantarse.

Estaba solo. Tanto el misterioso atacante —¿el asesino de Vera? — como Kate Arnton habían desaparecido.

Banlon se frotó el estómago. En aquel instante, se formó un propósito, diciéndose a sí mismo que no podía permanecer en Miami un minuto más de lo estrictamente necesario. No sólo le creaban complicaciones nada agradables, sino que había gente dispuesta a asesinarle por unos motivos que le resultaban absolutamente desconocidos.

Y, además, por algo que ignoraba totalmente.

—¡Largo de Miami! —Fue su decisión final.

Se dirigió al hotel. Su sorpresa fue enorme al encontrarse allí con su amigo Guido Farquhart.

El doctor Farquhart hizo un rápido examen de su paciente y lo encontró en magnífico estado.

—Muy bien —dijo, al terminar el breve reconocimiento—, has reaccionado muy favorablemente; pero, insisto, debes dejar de trabajar todavía una temporada. Si lo haces, garantizo que tu curación será completa, añadiendo la condición, claro está, de que no te obsesiones con tu trabajo.

—Me parece que eso es lo que voy a hacer —sonrió Banlon, quien no quería contar a su amigo los líos en que se había metido involuntariamente—. En cuanto amanezca, encargaré un pasaje para Europa.

—¿París?

—Por el momento, sí. Después...

—Ah, lo había olvidado. ¿Sigues tomando las píldoras?

—No he dejado pasar un solo día por alto —respondió Banlon.

—Estupendo —aprobó Farquhart—. El tratamiento quedará completo cuando termines el contenido del frasco.

—Guido, no sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí. Ciertamente, necesitaba curarme, pero es que, incluso diría que he cambiado un poco. Me siento más optimista, con la mente mucho más despejada... Incluso me atrevo a mirar a las mujeres de

frente...

Farquhart se echó a reír.

—Supongo que serán jóvenes y bonitas —dijo—. Pero eso, aparte de los efectos del tratamiento en sí, se debe también a que ya no llevas aquellas horribles gafas. Casi pareces un muchacho con tu nueva apariencia, Roger.

—Por lo menos, hay momentos en que me siento un adolescente.

Los dos hombres rieron. Luego, el doctor Farquhart se dirigió hacia la puerta. El reconocimiento había tenido lugar en la habitación de Banlon.

—Te veré mañana —dijo al despedirse—. Oye, por cierto, puesto que vas a Europa, ¿querrías encargarte de llevar un paquete a un conocido?

—Lo que tú quieras, Guido.

—Buenas noches, Roger.

Banlon se quedó solo en la habitación. Llenó una copa, puso un par de cubitos de hielo y se tendió en la cama.

Miami se estaba volviendo demasiado peligroso. En realidad, era un campo de batalla, en una oscura guerra que dos bandos libraban y a ninguno de los cuales pertenecía él.

Pero los neutrales, se dijo, a veces, salen mal parados.

Alzó la copa.

—París, espérame —musitó.

Por la mañana, apenas despertó, ordenó le preparasen la cuenta y encargasen un pasaje de avión para París. Buena parte de la mañana se la pasó en el vestíbulo, distrayéndose con revistas, pero también con un ojo en la puerta del hotel y otro en la del bar. Sin embargo, y con gran decepción por su parte, Kate Arnton no hizo acto de presencia.

A media tarde, le anunciaron que todo estaba listo para su viaje a París. El recepcionista le entregó dos sobres, uno con el pasaje y otro con un talonario de cheques de viajero.

—Buen viaje, doctor —le deseó.

Banlon se dirigió hacia la salida, donde ya le aguardaba un taxi. Su equipaje no era demasiado grande. En todo caso, compraría ropas en París.

De pronto, oyó una voz que pronunciaba su nombre:

—¡Roger!

Banlon había franqueado ya la puerta y se volvió. Farquhart se dirigía hacia él, llevando un maletín en la mano.

—Creí que no te alcanzaba —dijo el doctor—. Toma, el paquete para mi amigo.

Banlon se hizo cargo de la maleta.

—Diablos, es pesada —observó.

Farquhart sonrió.

—Son libros especializados —dijo.

—Muy bien. Oye, por cierto, ¿cómo se llama tu amigo? Porque no veo ninguna etiqueta...

—No te preocupes, él saldrá a recibirte. Ah, y no te preocupes por la aduana; no es un cargamento de metralletas y dinamita lo que llevas ahí —rió Farquhart.

—Muy bien, Guido. —Banlon estrechó la mano del médico—. Hasta la vista.

—Buen viaje y no te olvides de las píldoras, Roger.

Banlon entró en el taxi, que arrancó inmediatamente en dirección al aeropuerto de Miami, adonde llegó cuando ya anochecía. El taxista le ayudó a descargar el equipaje. Un mozo vino para ayudarle a transportar los bultos.

Cruzaron el interior de la sala de espera. Banlon se dio cuenta de que el mozo le conducía a una de las últimas puertas del edificio, situada casi junto a uno de sus ángulos. Entonces, el hombre puso el equipaje sobre una carretilla eléctrica e invitó a Banlon a sentarse a su lado.

Banlon aceptó. El pequeño vehículo se alejó del edificio y rodó hacia un aparato detenido en una de las pistas. Banlon, algo distraído, no reparó en la pequeñez del avión, hasta que estuvo al pie de la escalera de acceso.

—Oiga, pero éste no puede ser el avión a París...

Un hombre uniformado apareció de pronto en la puerta del esbelto reactor de dos motores.

—¿Doctor Banlon? —sonrió—. Soy el capitán Roberts, piloto del avión. Bien venido a bordo, señor.

Banlon parpadeó.

—Capitán Roberts, si mis informes son ciertos, yo tengo un pasaje para un avión de línea...

El piloto se echó a reír.

—¿Cómo? Pero ¿no le ha dicho nada el doctor Farquhart? Doctor Banlon, este avión pertenece a un gran amigo del doctor Farquhart, quien se encuentra actualmente en París y nos ha pedido, desde allí, que le llevemos el aparato.

Banlon arqueó las cejas.

—¿A París, en este avión? —se sorprendió.

—Miami, Nueva York, Azores, Burdeos y París, doctor. Algo más largo el viaje, pero también más cómodo, puesto que será el único pasajero. Por otra parte, hay dos habitaciones completas, con literas, de modo que puede pasar toda la noche durmiendo, si así lo desea.

—Fantástico —aprobó Banlon—. Bien, mil gracias, capitán.

—Estamos a sus órdenes, doctor —contestó el piloto cortésmente.

Banlon subió las escaleras y penetró en el avión. Roberts se ocupó de situar el equipaje en un pequeño compartimento situado a la cola de la amplia cabina, capaz para una docena de pasajeros, pero con el espacio todavía suficiente para las dos cámaras mencionadas. El avión estaba provisto asimismo de un pequeño bar.

—Puede tomar lo que le apetezca, apenas hayamos despegado —indicó el piloto.

Banlon ocupó uno de los asientos. Roberts cerró la portezuela y comprobó que el pasajero estaba bien sujeto por el cinturón de seguridad. Luego, se dirigió a la cabina, a través de cuya puerta abierta, pudo Banlon entrever a dos hombres más, asimismo vestidos de azul. El copiloto y el navegante, pensó.

La puerta de la cabina se cerró y Banlon quedó solo en la espaciosa cámara de pasajeros.

CAPÍTULO VI

Por la mañana despertó y describió las cortinillas de la ventana inmediata a la litera. El sol estaba ya bastante alto. Banlon pudo divisar algunas nubes bajo el aparato y, mucho más lejos, el centelleante espejo del Atlántico.

Después de vestirse salió a la cabina. Un hombre, algo más joven que el capitán Roberts, apareció ante su vista.

—Buenos días, doctor. Celebro que haya descansado bien. Soy el copiloto Riordan, pero puede llamarme Joe —saludó.

—Encantado, Joe.

—Le prepararé el desayuno, doctor. La azafata se indispuso repentinamente y ya no había tiempo de contratar otra. Lo haremos en París.

—Joe, me disgustaría que se molestase por mí...

—Por favor, será un placer —sonrió Riordan—. A propósito, dentro de una hora tomaremos tierra en Las Azores.

—Y luego a Burdeos.

—Sí, algo más de cuatro horas. Llegaremos sobre las tres de la tarde, hora de Greenwich. Después de repostar, sesenta minutos más... ¡y París, doctor!

—¿Le gusta, Joe?

—Una ciudad maravillosa —respondió el copiloto, a la vez que ponía los ojos en blanco.

El resto del vuelo se desarrolló sin novedad. Pasado el mediodía, Banlon recordó de pronto que había olvidado tomar la gragea.

Hurgó en sus bolsillos, pero no encontró el frasco.

De pronto, recordó que lo había puesto en un maletín.

Junto a él, había un teléfono. Levantó el auricular y, casi al instante, sonó la voz de Roberts.

—¿Diga, doctor?

—He olvidado en mi equipaje un medicamento que he de tomar

necesariamente, capitán. Es un tratamiento que he de seguir con bastante rigidez y no me gustaría alterarlo. ¿Hay inconveniente en que vaya al compartimento de equipajes?

—Ninguno, doctor. Está usted en su... perdón, iba a decir su casa, pero nos hallamos a bordo de un avión —rió el piloto—. Haga cuenta como si fuese el propietario.

—Gracias, capitán.

Banlon se puso en pie y caminó hacia la cola del aparato, donde había visto al mozo situar los equipajes. Abrió la puerta y vio las maletas adecuadamente estibada. Al fondo, divisó otra puertecita, pero no le concedió importancia por el momento.

El maletín que contenía los objetos de aseo se hallaba en un estante situado sobre la maleta de Farquhart. Banlon observó también la presencia de una caja forrada de piel negra, de regulares dimensiones y forma casi cúbica.

Abrió el maletín, sacó el frasco de píldoras y se tomó una, ingiriéndola simplemente, sin necesidad de agua. El frasco quedó en el mismo sitio, pero, en aquel mismo instante, Banlon advirtió que uno de los cantos de la maleta de Farquhart estaba separado ligeramente, como si hubiera sufrido los efectos de un golpe lateral, rozando fuertemente contra alguna superficie áspera.

Como consecuencia, la piel se había despegado un poco. Debajo, Banlon apreció el brillo de un metal, cosa que le intrigó notablemente. De súbito, el aparato sufrió un fuerte bamboleo.

Banlon se tambaleó y se agarró a una de las rejillas. La voz del piloto sonó casi en el acto a través de un altoparlante:

—No se preocupe, doctor; sólo ha sido un pequeño bache en la atmósfera.

Banlon no estaba preocupado por la brusca sacudida del avión. Había algo que llamaba su atención de una forma mucho más poderosa.

La puertecita del fondo se había abierto de golpe. Al otro lado, los verdosos ojos de Kate Arnton le miraban con expresión entre burlona y disgustada.

Durante unos segundos, Banlon y Kate permanecieron silenciosos, contemplándose recíprocamente. Al fin, Banlon rompió el silencio con una irónica observación:

—¡Polizón a bordo!

Kate reaccionó. Abandonó su escondite y corrió hacia la puerta del compartimento, a la cual se asomó un instante. Luego se volvió y apoyó los hombros en la puerta que acababa de cerrar.

—Roger, no descubra mi presencia aquí, se lo ruego —pidió.

—Hay algo que no me gusta en todo esto, y es que me tomen por una especie de monigote, al cual todos pueden tirar, en vez de pelotas, balas de plomo —rezongó él—. ¿Cómo diablos pudo meterse en el avión?

Kate sonrió.

—Yo era la azafata que debía viajar con usted, Roger —contestó.

—Pero el piloto me dijo que se había puesto enferma repentinamente...

—Alguien telefoneó al capitán Roberts en ese sentido.

—Y usted llegó mucho antes y entró sin dificultades en el avión, simulando que iba a revisar todo lo concerniente a una azafata —adivinó él.

—Exactamente.

—Pero ¿no le dijo nadie al capitán que usted estaba a bordo?

—Envié al auxiliar a buscar unas revistas. Cuando regresó, yo había desaparecido. Entonces, fue cuando Roberts recibió el recado que le anunciaba mi supuesta enfermedad.

—Ya. Y, ¿qué ha sido de la auténtica azafata? ¿Yace, acaso, bajo seis palmos de tierra en una innominada sepultura?

—No se ponga dramático —rió ella—. La auténtica azafata se encuentra en perfecto estado. Simplemente, alguien la convenció para que me dejara el puesto.

—Que usted no ha ocupado, por cierto.

—No convenía, eso es todo.

—Kate, eso no es todo. ¿Qué diablos pasa aquí?

—Lo siento, Roger.

Era una respuesta de claro significado. Kate no estaba dispuesta a hablar.

—Muy bien —dijo Banlon—. Yo callaré, pero, al menos, usted me permitirá volver a la cámara.

—Con la condición de no mencionar mi presencia a bordo.

—¿Y si lo digo?

—Me sabría muy mal, Roger.

Banlon dudó un instante.

—No tardaremos mucho en tomar tierra para repostar —dijo al cabo—. Después de que el avión haya despegado de nuevo, Volveré aquí y la haré hablar, le guste o no.

—Tal vez lo haga —concedió ella con una sonrisa, a la vez que se apartaba a un lado.

La puerta se abrió inesperadamente y Riordan apareció en el umbral.

—¿Doctor? ¿Ha terminado ya? Es que vamos a iniciar la maniobra de aproximación... ¡Rayos! ¿Qué diablos hace esta mujer a bordo?

La sorpresa de los tres fue absoluta, aunque Riordan fue el primero en reaccionar. Bajo la chaqueta de uniforme llevaba un arma, que hizo visible en el acto.

—¡Levanten las manos! —ordenó—. ¡Obedezcan o disparo!

Banlon y Kate alzaron sus manos. Riordan lanzó un poderoso grito desde el umbral:

—¡Butley, hay complicaciones!

—Esas complicaciones no las he creado yo —dijo Banlon serenamente—. ¿O es que va a echarme la culpa de que haya un polizón a bordo?

Riordan pareció dudar. De pronto, retrocedió, sin dejar de encañonar a la pareja con el revólver.

—Salgan —dijo.

—Joe, a mí no me meta en líos o le pegaré más tarde un buen puñetazo en la nariz —gruñó el joven—. Simplemente, vine a buscar la medicina a mi equipaje, como anuncié, y me he encontrado aquí esta chica. ¿Acaso piensa que me la traje en un bolsillo?

El piloto apareció en aquel momento.

—¿Quién es, Joe? —inquirió.

—No lo sé. Estaba ahí, hablando con el doctor...

—Yo me la encontré al entrar en el compartimento de equipajes —insistió Banlon.

Roberts miró sucesivamente a la pareja.

—Tengo puesto el piloto automático, pero no puedo hacerlo por demasiados minutos —manifestó—. Joe, busca cinta adhesiva en el botiquín.

—Está bien, Butley.

Un par de minutos más tarde, Kate quedaba atada de pies y manos y con la boca tapada por esparadrapo.

Luego, el propio Roberts, bastante forzado, la dejó en el mismo sitio en que ella había viajado escondida.

Al terminar, se dirigió a Banlon.

—Doctor, hasta ahora no se lo había dicho, pero llevamos una carpeta con importantes documentos de negocios, que pertenecen al dueño de este avión —declaró—. Usted, me imagino, habrá oído hablar del espionaje industrial.

—Sí, por supuesto. Vaya con la morena —exclamó Banlon, con fingido acento de asombro—. Una espía de la competencia, ¿eh?

—Eso es lo que creemos, de modo que, puesto que no consta en la lista de embarque, vamos a procurar que pase desapercibida durante la escala técnica en el aeropuerto. Le ruego, doctor, que guarde silencio sobre el particular.

—No tengo ningún inconveniente en mantener cerrado el pico, capitán, aunque sí me gustaría saber qué piensan hacer con la chica. Porque si van a echarla del avión, cuando volemos de nuevo sobre el Atlántico, espía o no, trataré de impedirlo...

Roberts soltó una risita.

—¡Por Dios, doctor! No somos tan sanguinarios. Simplemente, nos limitaremos a hacer que la chica sea interrogada por el servicio de seguridad de nuestro patrón.

—¿Una policía particular?

—Algo por el estilo.

—¿Y después?

—La devolveremos a Nueva York. O quizá la dejemos abandonada en Francia. Pero creo que es vital que nuestro patrón sepa qué es lo que ha conseguido averiguar esa chica.

Banlon palmeó efusivamente el hombro del piloto.

—¡De acuerdo, Butley! —dijo—. Me permite que le llame así, supongo.

—Claro, doctor —contestó Roberts, sonriendo.

—Entonces, ocúpese de la maniobra de aterrizaje y descuide todo lo demás. Yo también trabajo para una importante empresa investigadora y en algunas ocasiones he oído a los ejecutivos echar pestes de los espías industriales. Pero me tranquiliza que no piense echarla al mar.

—Desde luego que no —insistió el piloto.

Roberts se marchó a la cabina. Banlon se sentó en uno de los asientos y se puso el cinturón de seguridad. Se preguntó cómo habría podido resistir Kate tantas horas en aquel cubículo. Tal vez, por la noche, de madrugada, había salido a tomar algún alimento. De todas formas, no había hecho un viaje cómodo.

Una cosa era segura: en modo alguno pensaba permitir que tirasen a Kate al mar.

Media hora después del despegue, Riordan cruzó la cabina y se dirigió al compartimento de equipajes. A los pocos momentos, salió con Kate. Ella seguía con las manos atadas y la boca tapada, pero tenía los pies libres.

Riordan la hizo sentarse en uno de los asientos.

—¿Piensa dejarla así, Joe? —preguntó Banlon.

—Pues...

—No me opongo a que tenga atadas las muñecas, pero el esparadrapo en la boca, debe de resultar incómodo y doloroso. Y, por otra parte, no me parece que sus gritos vayan a llamar la atención de una patrulla de policía.

—Está bien —gruñó el copiloto.

Kate lanzó un fuerte suspiro, al quedar con la boca libre.

—Gracias, caballero —dijo.

Banlon captó en el acto el significado de la frase. Ella no había pronunciado su nombre, lo que habría representado un conocimiento previo y un serio compromiso a continuación.

—Ha sido un placer, señorita... Por cierto, antes no tuvo tiempo de darme su nombre. Yo soy el doctor Banlon, Roger Banlon.

—Kate Arnton —respondió ella, con fingida sequedad.

—Encantado, *miss* Arnton.

Riordan la contempló especulativamente.

—Es el más atractivo ejemplar de espía industrial que he visto en mi vida —declaró, sonriendo—. ¿No está de acuerdo conmigo, doctor?

—Sí, aunque yo diría mejor que es un ejemplar femenino; no importa que sea espía.

Riordan se echó a reír.

—Eso también es cierto. Bueno, ahí les dejo —se despidió.

—Joe, ¿puedo darle algo de comer a esta chica? —solicitó Banlon—. Después de tantas horas de vuelo, estará desfallecida, me figuro.

La mano del copiloto se alzó displicente por encima del hombro.

—Doctor, a partir de ahora es usted el jefe de cabina —contestó—. Pero no olvide que nos hallamos ya a más de cinco mil metros y vamos a subir a casi diez mil. Un bonito salto, ¿verdad?

Riordan desapareció en la cabina. Banlon se levantó y fue a la cocina bar, donde preparó una bandeja con bocadillos y una botella de cerveza.

—No me atrevo a soltarla por ahora —murmuró.

—Gracias, me arreglaré con las manos juntas. Escuche, sobre el dintel de la puerta del cuartito donde he viajado, hay un revólver sujeto con cinta adhesiva. Se lo digo por si lo necesita —contestó Kate.

—Trataré de no utilizarlo. Kate, este asunto huele a podrido desde el primer día.

—Más de lo que usted se imagina —contestó ella sin pestañear.

—Y, según supongo, usted no puede facilitarme datos.

—Por ahora, no. A propósito, gracias por haberse dado cuenta de que quería evitar que esos tipos supieran que nos conocíamos ya.

—Simplemente, traté de eludir un compromiso. ¿Puedo hacerle una pregunta sincera, esperando una respuesta de análoga sinceridad, Kate?

—Sí, Roger.

—A pesar de lo que han dicho sobre usted, ¿cree que intentarán asesinarla?

—No me extrañaría en absoluto —respondió Kate fríamente.

CAPÍTULO VII

Después de que ella hubo terminado de comer, Banlon devolvió la bandeja a su sitio. Puso un cigarrillo entre los labios de Kate, se lo encendió y dijo que iba al compartimento de equipajes.

—Creo que allí encontraré un poco de lectura —sonrió.

Abandonó la cabina y entró en el compartimento señalado. La maleta que le había entregado su amigo el doctor Farquhart estaba allí, con la esquina de piel ligeramente levantada, mostrando el brillo del metal que había debajo, brillo, por otra parte, no demasiado acentuado, debido a su consistencia un tanto granulosa, semejante a un aglomerado de corcho muy fino y altamente comprimido.

Como buen científico, Banlon solía llevar encima algunos pequeños instrumentos, que en ocasiones se resumían en una navaja de varios usos, siempre necesaria. Sacó la navaja, desplegó una de las hojas y cortó la piel de la maleta diez o quince centímetros más, a partir del vértice del ángulo en donde se había producido la rotura.

Con la misma punta de la navaja, rayó ligeramente el metal. Sus mandíbulas se contrajeron de pronto.

Permaneció pensativo unos segundos. Luego, de súbito, guardó la navaja y levantó la maleta, sopesándola especulativamente. «De veinte a veinticinco kilos», calculó mentalmente.

Dejó la maleta en el mismo sitio. Le hubiera gustado comprobar sus sospechas, pero no tenía medios para ello.

¿O sí existían aquellos medios?

Sus ojos repararon entonces en la caja forrada de piel negra que había en otro de los estantes. Sí, aquello tenía que ser...

Era un contador Geiger de radiaciones. Su presencia en el compartimento de equipajes resultaba incongruente, a menos que estuviese relacionado con la maleta que, supuestamente, contenía

libros.

Conectó el Geiger y fijó la vista en la esfera indicadora. El crepitar era debilísimo. La radiación era mínima, perfectamente soportable, unos diez *milirroentgens*, nada de importancia..., pero las indicaciones del detector resultaban altamente reveladoras.

Momentos después, dejaba todo tal como lo había encontrado, aunque volviendo la maleta de modo que la rasgadura de la piel no se notase a primera vista. Hecho esto, regresó a la cámara principal.

Se acercó al bar, llenó dos Copas y caminó hasta donde se hallaba la prisionera.

—¿Ha encontrado lectura, Roger? —preguntó Kate.

Antes de contestar, Banlon se fijó en el teléfono de que disponía cada asiento, para poder comunicarse con la cabina de vuelo. Estaba desconectado.

—Una lectura interesantísima —respondió—. La lectura de un detector Geiger.

Ella respingó.

—¿Cómo ha dicho?

—Kate, ¿es usted espía industrial o algo por el estilo?

La joven volvió a agitarse en su asiento.

—Pero ¿qué está diciendo, Roger?

—Kate, hace algún tiempo, un investigador descubrió una aleación más lisa y segura para la protección contra radiaciones. El plomo, el cemento, el agua incluso, son buenos protectores contra las radiaciones emitidas por los distintos compuestos de uranio; claro que depende también del lugar en que se encuentre la sustancia radiactiva. Así, en tierra, se le puede poner todo el cemento que se quiera..., pero si se ha de hacer transportable, es necesario usar el plomo y, en según qué casos, el peso del plomo puede resultar, si no prohibitivo, al menos muy oneroso.

—¿Es una conferencia científica? —preguntó ella, burlona.

—Ahora bien, ese investigador descubrió, como digo, la aleación que, sin perder ninguna de las propiedades de blindaje del plomo, resultaba el cincuenta por ciento más ligera; es decir, en igual volumen de protección para una misma cantidad de sustancia radiactiva, mitad de peso. ¿Lo va entendiendo?

—Por ahora no es nada del otro mundo, Roger.

—Ese investigador encontró la aleación a base de un cuarenta

por ciento de plomo, veinte de acero y cuarenta de aluminio, pero no son los metales en sí, más o menos mezclados, sino su disposición molecular, conseguida mediante un complejo proceso físicoquímico, del que ahora le hago gracia, lo que aligeró los blindajes protectores de las radiaciones. La aleación así descubierta fue denominada «Plombacalum», un nombre detestable, pero que recoge parte de las palabras empleadas para definir el plomo, el acero y el aluminio. Quizá otro día se encuentre una palabra más agradable, pero, por ahora, ése es el nombre que se utiliza en los medios científicos.

—Interesantísimo. Si ahora yo tuviese las manos libres, apoyaría el codo izquierdo en el brazo del sillón, la barbilla en la mano correspondiente y le miraría de hito en hito.

—Lo siento, pero no puedo soltarla —contestó Roger—. Por otra parte, debe saber que el cuerpo humano puede soportar, como máximo, cien *roentgens*, medida de radiación, al día. Pero descansando diez días a continuación, es decir, lejos de la sustancia radiactiva. No tengo un dosímetro, pero sí he encontrado un detector Geiger, que me ha hecho saber el nulo peligro que ha corrido usted durante las doce horas de encierro que ha pasado como polizón.

Kate volvió a sobresaltarse.

—¿Cómo puede decir que he estado expuesta a radiaciones? —exclamó.

—En el compartimento de equipajes hay un bulto, que emite radiaciones de una potencia aproximada de diez *milirroentgens*, y eso es lo que ha soportado usted durante su estancia en la cola del avión, aunque, claro, está, debemos contar también con la puerta del cubículo, que algo habrá hecho. Puede usted sentirse tranquila, no está contaminada ni las radiaciones afectarán a su descendencia.

—Roger, me está poniendo los pelos de punta —dijo Kate—. ¿Por qué no habla claro de una vez?

—Sí, creo que ya es hora. En el compartimento de equipajes hay una maleta que, en apariencia, contiene libros, pero que, en realidad, bajo el forro contiene una determinada cantidad de «Plombacalum», lo que significa que esta aleación protege una masa radiactiva, que es la que ha influenciado al detector cuando lo he puesto en funcionamiento.

—Roger, no irá a decirme usted que tenemos a bordo una bomba atómica de bolsillo —exclamó ella—. Hace poco, no sé dónde, leí que cualquiera, con la cantidad necesaria de material fisible, podría construir una bomba atómica semejante en potencia a la primera que se lanzó sobre Hiroshima. Sería espantoso volar por los aires, convertida en polvillo cósmico...

—No se preocupe, ni se enteraría siquiera. Aunque, por otra parte, no llevamos a bordo una bomba atómica.

—¡Uf, eso me tranquiliza! Pero, ha dicho que hay material radiactivo a bordo...

—Eso es cierto, Kate.

—¿Mucho?

Banlon hizo un gesto ambiguo.

—Calculo que entre mil y mil quinientos gramos de

U-235

—respondió.

Kate cerró los ojos.

—Horrible —murmuró—. Pero ¿quién, adónde y para qué lleva ese uranio?

—Ah, eso es lo que yo también querría saber, sobre todo, teniendo en cuenta que la maleta, aunque indirectamente, me pertenece.

—¿Qué? ¿Es suyo ese artefacto diabólico?

—Tranquílese, no soy un sabio chiflado que quiere imponer la paz al mundo mediante un chantaje de terror. Lo que sucede es que me dieron esa maleta, diciendo que contenía libros especializados, pero ahora he descubierto que no hay tales libros, sino «Plombacalum». Y uranio, claro.

—¡Qué nombre más horroroso! —Se espantó ella—. El investigador que descubrió esa sustancia puede ser un científico muy eminente, pero un gramático detestable. ¿Lo conoce usted, por casualidad?

—Oh, sí, ya lo creo. Le veo a diario, ante el espejo.

—Entonces, cuando hable con él, dígame que...

Kate se interrumpió bruscamente. En un segundo, acababa de comprender la verdad.

—Es usted —dijo.

—Sí —confirmó Banlon.

Kate tomó con ambas manos la copa que Banlon había traído del bar. El joven se hallaba en pie, frente a ella.

—Bien, ¿y qué vamos a hacer? —preguntó Kate, después de un par de sorbos.

—¡Ah!, quiere que hagamos algo juntos.

—Naturalmente. No podemos seguir con este contrabando... Además, yo estoy en un gravísimo peligro. Usted, caballero galante, debe salvar a la dama de los malvados rufianes que quieren enviarla a la muerte.

—Tengo que pensar algo —contestó Banlon—. Me parece que faltan todavía un par de horas para tomar tierra en Burdeos. Allí no le harán nada, esto es seguro.

—Le diré una cosa: el avión perderá altura mucho antes de llegar a la costa francesa. Entonces, ya no habrá peligro de descomprensión en la cabina. Pueden tirarme al mar.

—No lo harán delante de mí. Yo resultaría un testigo incómodo.

—Los testigos incómodos suelen morir de mala manera, Roger.

—Lo sé, pero he de entregar la maleta.

—¿A quién?

—Lo sabré cuando lleguemos a París. Hasta entonces, al menos, yo estoy seguro. Y usted también.

—Lo dudo mucho, Roger. Imagínese que el capitán Roberts le da un narcótico. Usted puede llegar dormido a Burdeos. El avión repostará y seguirá durmiendo. Cuando despierte, no me verá. Preguntará por mí y le dirán que me soltaron en Burdeos. Pero, en realidad, habré caído al mar, a diez o doce kilómetros de la costa y desde unos cuatrocientos o quinientos metros de altura.

Kate habló con perfecta tranquilidad. Al terminar, entregó la copa vacía a Banlon, quien se mostraba sumamente preocupado.

—No consentiré que hagan nada —dijo él por fin—. En primer lugar, me negaré a tomar ninguna bebida que puedan ofrecerme Roberts o alguno de sus acólitos. Y, en segundo lugar...

Banlon abandonó la cámara de pronto, para volver a los pocos momentos.

—Tengo un revólver bajo la chaqueta —murmuró.

—Es una buena idea —aprobó la muchacha.

El capitán Roberts apareció en la cámara poco más de hora y media después.

—Estamos llegando a Burdeos —anunció—. Muchacha, lo siento, pero tengo que encerrarla de nuevo en su escondite.

—Capitán, no me gustaría que le hicieran el menor daño —dijo Banlon.

—No se le causarán daños, puede estar seguro, doctor. Pero ya le dije que tendré que entregarla al servicio de seguridad de nuestro patrón.

—¿En París?

—Exactamente. Por tanto, y aunque ello signifique un quebrantamiento de las reglas, tendremos que callar en Burdeos.

—Me parece una solución altamente satisfactoria —sonrió Banlon.

Roberts se llevó a la muchacha, aunque Banlon les siguió, hasta que vio a Kate llegar a su escondite sin el menor daño. Luego, los dos hombres volvieron a la cámara.

—¿Una taza de café? —sugirió Roberts.

—No, gracias, capitán. El café me produce siempre acidez de estómago.

—Entonces, una copa...

Banlon se sentó en una de las butacas y se sujetó con el cinturón de seguridad.

—Despreocúpese de mí, capitán; obre como si no llevase ningún pasajero a bordo —dijo, con tono casual.

Roberts hizo una leve mueca, que no pasó desapercibida al joven, pero acabó volviéndose a la cabina. Apenas vio que se cerraba la puerta, Banlon levantó el teléfono.

Instantes después, oía la voz de Roberts:

—Tenemos que llevarla a Punto C. No he podido dormir al profesor.

Banlon sonrió. Ciertamente, Kate había dado en la diana al sugerir que podrían narcotizarle.

Alguien contestó:

—Tal vez sea así mejor; de este modo, podremos interrogarla. No uses más esta frecuencia, Butley.

—Enterado.

Banlon volvió el teléfono a su sitio, aunque lo dejó mal colgado a propósito. Inmediatamente, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos.

Riordan salió de la cabina.

—¿Llamaba usted, doctor? —preguntó.

Banlon miró al copiloto.

—¿Qué? ¿Cómo dice, Joe?

De pronto, Riordan vio el teléfono mal colgado y lo situó adecuadamente.

—No tiene ninguna importancia —sonrió—. Gracias, doctor.

El copiloto volvió a su puesto. Banlon miró por la ventanilla que tenía a su izquierda. La costa no se divisaba todavía, pero la pérdida de nivel era apreciable a simple vista.

CAPÍTULO VIII

La escala técnica en Burdeos se realizó sin incidentes. Una vez repostado el aparato, Roberts pidió permiso a la torre de vuelo, y, concedido, se elevó de nuevo en el aire.

Banlon se puso en pie a los pocos momentos. Fue a la cámara y abrió la puerta del encierro de Kate.

—Ya hemos salido de Burdeos —anunció.

Ella había sido atada y amordazada nuevamente. Banlon la liberó de sus ligaduras, Kate respiró aliviada al verse de nuevo con plena libertad de movimientos.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Déjeme —contestó él.

Banlon miró por todas partes. De pronto, encontró una caja de herramientas. Al abrirla vio en su interior un rollo de cable conductor.

—Vamos a prepararles una buena trampa —sonrió.

Kate sintió que se le ponían los pelos de punta al ver que Banlon sujetaba los extremos del cable, pelados, a dos puntos de la maleta. Los otros dos extremos fueron unidos, aparentemente, a una llave de iluminación.

A la mitad del hilo, Banlon cortó uno de los dos cables que lo componían, dejando las puntas igualmente sin protección aislante. Apenas había terminado, el avión inclinó bruscamente el morro.

Kate lanzó un grito de susto. Banlon rodó por el suelo y ella le cayó encima.

—¡Nos estrellamos! —gritó la chica.

El vuelo del aparato se estabilizó en aquel fuerte descenso. Banlon consiguió ponerse en pie y corrió hacia uno de los teléfonos de la cámara.

—¡Capitán! —llamó—. ¿Qué sucede?

—No se preocupe, profesor. Todo va bien a bordo —contestó

Roberts.

Banlon miró hacia abajo. Podían estar en la ruta de París, pero el avión descendía claramente hacia el suelo.

Kate se asomó a la puerta del compartimento de equipajes. Banlon le hizo un gesto con la mano para que se volviera de nuevo.

Pasados algunos minutos, el avión se estabilizó otra vez, aunque la pérdida de velocidad era fácilmente perceptible. Banlon presintió que iban a tomar tierra en algún punto que no sería precisamente Orly.

Volvió junto a la muchacha.

—Creo que vamos a aterrizar —dijo.

Kate asintió.

—¿Un aeródromo secreto?

—Seguramente. —Banlon sacó el revólver y se lo dio a su dueña —. Tómelo; dentro de unos minutos, yo estaré muy ocupado.

Revisó el cable y esperó. Al cabo de unos momentos salió a la cámara y miró por una de las ventanillas. El avión estaba describiendo un amplio círculo sobre lo que parecía una granja, en la que se divisaba una larga y estrecha franja de suelo verde.

—Es la pista de aterrizaje —murmuró.

Regresó junto a Kate y se lo dijo.

—Siéntese en el suelo, con la espalda contra el mamparo —aconsejó—. Esté lista para cuando note que el avión ha tomado tierra, aunque siga rodando.

—Está bien, Roger.

Banlon volvió a sentarse en la cámara. Se sujetó el cinturón de seguridad, pero se lo quitó en cuanto notó el contacto de las ruedas del avión con el suelo.

La pista estaba flanqueada por numerosos árboles y enormes setos, que impedían a los posibles curiosos ver lo que sucedía en su interior. Apenas habían recorrido cien metros, Banlon se quitó el cinturón de seguridad, y una vez más, volvió al compartimento de equipajes.

El avión se detuvo al cabo. Banlon se situó en la puerta.

Roberts y los otros dos salieron de la cabina de vuelo. El navegante se dispuso a abrir la portezuela del aparato.

—Capitán —llamó Banlon.

Roberts le miró fijamente.

—¿Doctor?

—Acérquese un momento.

Roberts obedeció. Banlon le enseñó el cable, empalmado a la maleta y a una toma de corriente. Con las dos manos, sostenía las puntas sin aislante.

—Usted sabe bien lo que contiene esta maleta. Si uno los extremos de este cable, volaremos todos por los aires —amenazó.

La cara de Roberts se puso gris.

—Oiga, doctor...

—Capitán, no sé quién está ahí fuera, pero ordene a todo el mundo que evacúe esa falsa granja o haré volar la bomba atómica que he fabricado durante el vuelo.

—¡Eso es imposible! —gritó el piloto.

—Soy doctor en Ciencias Físicas. Entiendo un poco del asunto.

Riordan estaba a pocos pasos de distancia. Oyó el diálogo y se precipitó desolado hacia la puerta.

—¡El doctor ha montado una bomba atómica! —aulló—. ¡Vamos a volar todos!

Había algunos individuos junto al avión. Oyeron los chillidos del copiloto y salieron disparados como alma que lleva el diablo. Roberts no se quedó a la zaga.

Banlon se echó a reír.

—Ignorantes —dijo.

—Pero esto no soluciona definitivamente nuestra situación —objetó Kate.

—¿No? Le he salvado la vida. Ellos habrían buscado un pretexto para separarla de mí y entonces la habrían asesinado.

Kate se mordió los labios.

—Sí, tiene razón —admitió—. Pero ¿qué hacemos?

Banlon descolgó la maleta.

—Me la llevo —dijo.

—Es muy pesada y, además, ¿adónde iremos?

—No sé dónde estamos, aunque supongo que a mitad de camino entre Burdeos y Nantes, aproximadamente. Pero en alguna parte debe de haber un consulado norteamericano. Vamos.

Banlon se dirigió hacia la portezuela. Apenas se había asomado, sonó un disparo.

La bala chocó contra el metal del fuselaje. Alguien, provisto de

un megáfono, gritó:

—Será mejor que se rindan. Su historia de la bomba atómica es absolutamente falsa, profesor. Ha podido impresionar a los muchachos por unos momentos, pero ya les he explicado cuál es la situación.

Banlon se había apartado vivamente al oír el disparo. Dejó la maleta en el suelo y volvió a acercarse a la puerta, aunque sin asomar siquiera la cabeza.

—Si no es cierto lo que he dicho, ¿por qué no vienen a buscarnos? —gritó.

—Profesor...

—Llámeme doctor, amigo; yo no enseño en ninguna Universidad.

Se oyó una maldición. Luego, el mismo individuo dijo:

—Insisto. Deben salir con las manos en alto. Si no lo hacen así, sintiéndolo mucho, tendremos que ir a buscarles.

—Bueno, vengan, aquí estamos.

—Roger, ese hombre conoce el paño —murmuró Kate—. Pero si sabe que no hay bomba atómica, ¿por qué no ordena el asalto?

—Seguramente porque teme que alguna bala cause daños a la maleta. Tampoco hay que descartar los posibles desperfectos al avión, que no es precisamente una caja de pañuelos de papel. Usar y tirar, ¿comprende?

Kate asintió. Estaba junto a una ventana y, de pronto, vio a una serie de sujetos, todos ellos armados, desplegados como soldados al ataque de una posición fortificada.

—Ahí vienen, Roger —dijo.

Banlon miró a través de la portezuela. Los atacantes se hallaban en el borde de la pista y se acercaban con gran cautela.

—Dispáreles un par de tiros, pero procure que no la alcancen —dijo.

De pronto, echó a correr hacia la cabina. Una vez había volado en un reactor y el piloto le había enseñado algunas de las operaciones de control. Al sentarse en el puesto de mando, contempló los botones y palancas durante unos segundos. De pronto halló el contacto y los motores silbaron.

—¡Kate, agárrate! —gritó.

Ella disparó dos veces y luego corrió a uno de los asientos.

Banlon avanzó la palanca de gas.

En aquel instante, uno de los asaltantes se acercaba al avión por la cola. Un potentísimo chorro de gases ardientes le alcanzó de lleno en la cara y en el pecho. El hombre saltó hacia atrás, aullando espantosamente, mientras sus ropas ardían de forma espectacular.

El avión arrancó de pronto. Banlon metió a fondo el pie izquierdo y el aparato viró ceñidamente en el suelo. Roberts se tiraba de los pelos al ver el insensato manejo que el improvisado piloto hacía de su avión.

Gateando por el suelo, Kate, consiguió llegar a la cabina.

—Roger, ¿es que piensas despegar? —preguntó, mientras el aparato se movía de una forma espantosa.

—¡Qué más quisiera yo! Simplemente lo he puesto en marcha, pero nos mataríamos si intentase levantar el vuelo.

El reactor había virado en redondo y aceleró la velocidad. Los hombres que habían aguardado buscaban la mejor posición para atacar a los ocupantes del avión.

—¡Disparen a la cabina! —aulló el hombre del megáfono.

Un par de sujetos, provistos de sendas pistolas, se situaron frente a la proa del aparato. Banlon les divisó y aumentó la potencia de los motores. Luego, súbitamente, viró a un lado.

La punta del ala alcanzó un cuello humano con un terrible golpe. El hombre se desplomó instantáneamente, con las vértebras deshechas.

Pero en aquel nuevo viraje, el bimotor se había atravesado completamente en la pista. Lanzado a gran velocidad, arremetió contra un enorme seto, que devastó, y luego las alas se quedaron atrás al chocar con sendos troncos de árbol.

Dentro del aparato, los ruidos eran terribles. Banlon cerró el contacto, apenas un segundo antes de que el tren de aterrizaje, destrozado, fallara y la panza del aparato chocara contra el suelo.

El olor del carburante empezó a extenderse por la atmósfera. Banlon presintió el peligro de incendio, pese a haber cortado el contacto.

—¡Vámonos, Kate! —gritó.

La muchacha corrió tras él. Banlon agarró la maleta al pasar y saltó a tierra. Luego, junto a Kate, huyó del avión destrozado. De repente, oyeron un sordo rebufa. Una enorme llamarada se elevó a

las alturas.

Corrieron unos cincuenta o sesenta metros. El bosque que flanqueaba la pista era, por fortuna, muy espeso y pudieron esconderse entre unos matorrales.

—¿Por qué no seguimos? —preguntó ella.

Banlon se tumbó en el suelo, agarró un tallo de hierba y se lo puso entre los dientes.

—Por la noche iremos a la granja —contestó.

Una espesa humareda se elevaba a lo alto.

—Ello les delatará —dijo Kate.

—Quizá sí, aunque tengo la sensación de que esta falsa granja está bastante aislada. Por supuesto, granjeros de los alrededores vendrán a ayudar, pero alguien les dirá que se ha incendiado fortuitamente un barril de combustible para los tractores. Evitarán que nadie meta las narices y eso será todo.

—¿Todo, Roger?

—Bueno, cuando estén seguros saldrán a buscarnos. Espero que piensen que nos hemos ido muy lejos.

—Roger, ¿de veras no es peligrosa esa maleta?

Banlon hizo un gesto negativo.

—Si te fijas bien, es casi cuadrada. Claro que era preciso darle aspecto de maleta, pero aun así, el blindaje es suficiente. En el centro debe de haber un hueco justo para contener el uranio fisible. No puede ocupar mucho espacio, si se trata, como supongo, de unos mil quinientos gramos, de peso total.

—¿Por qué sabes que ha de pesar mil quinientos gramos?

—Por la cantidad de «Plombacalum» empleado en la protección. Si esos mil quinientos gramos fuesen de agua, tendríamos un volumen de mil quinientos centímetros cúbicos, esto es, una masa de diez por diez por quince centímetros de lado. Pero un centímetro cúbico de uranio pesa dieciocho gramos y sesenta y ocho centigramos. Por tanto, el volumen total es de unos ochenta centímetros cúbicos, es decir, en sentido figurado, un cuerpo de cinco por cuatro por cuatro centímetros de lado. Sin embargo, opino que el uranio que hay en esta maleta tiene la forma aproximada de un gajo de naranja, cuya sección angular calculo en cuarenta y cinco grados.

Kate se sentía pasmada al escuchar aquellas explicaciones.

—¿Cómo puedes saber que tiene esa forma? —preguntó.

—Esa «naranja atómica» debe dividirse en ocho gajos, de los que cuatro componen una mitad, cuyo peso global sería de doce kilos, ya que cada gajo pesa uno y medio. Ahora bien, la bomba atómica más sencilla consiste en dos semiesferas, separadas por una distancia prudencial, que en un momento dado se unen con gran violencia, impulsadas la una contra otra por cualquier procedimiento mecánico o incluso por explosivos que no destruyan el uranio simplemente. Entonces se alcanza la masa crítica y se produce la explosión nuclear.

—Pero el peso...

—El blindaje de esta maleta sería insuficiente contra una cantidad superior de uranio.

—Me siento aterrada, Roger. ¿Quién quiere fabricar una bomba atómica?

Banlon se encogió de hombros.

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que nosotros somos portadores de la octava parte del material necesario para fabricar esa bomba. ¿Han conseguido ya las siete partes necesarias?

Los ojos de la muchacha se tendieron hacia la granja, invisible a causa del humo del incendio del avión.

—Tal vez estén allí —dijo.

—Eso es lo que vamos a averiguar esta noche. ¿Guardas todavía el revólver?

—Y unas cuantas balas de repuesto —contestó ella.

—Entonces, antes de que amanezca habremos salido de dudas.

CAPÍTULO IX

Durante el resto del día, tuvieron que ocultarse de algunos individuos que les buscaban con intenciones nada amistosas. Banlon, precavidamente, había encontrado un hoyo, en el que escondió la maleta, cubriéndola luego con algo de tierra, hierbas y hojarasca. De este modo, además, evitaba un contacto demasiado continuo con el maligno contenido de la maleta.

—Roger —preguntó ella, cuando ya era de noche—, ¿crees que tu amigo Farquhart está involucrado en este asunto?

—No. Probablemente, como yo, ha sido sorprendido en su buena fe —respondió Banlon.

—Tratas de decirme que alguien conocía el envío de la maleta con libros y que hicieron el cambio sin que él lo supiera.

—Sí, eso mismo.

—Roger, ¿corremos algún peligro de resultar afectados orgánicamente por la radiación?

—No, porque el tiempo que hemos permanecido cerca ha sido muy corto. Se necesitarían días y días para que esa radiación nos afectase de un modo perjudicial. Lo que sí sucede es que el blindaje resultará fuertemente contaminado, y ya no se podrá usar en otro envío.

—¿Qué harán con él, una vez extraído el uranio?

—Seguramente, lo arrojarán al mar, en el vuelo de regreso. En el centro del Atlántico, claro, donde hay más profundidad. O bien pueden enterrarlo a muchos metros en algún lugar donde no existan probabilidades de encontrar el «Plombacalum» por accidente.

Banlon echó una ojeada al cielo, completamente oscuro, en donde brillaban las estrellas. Hacia el Este, sin embargo, veíase una ligera claridad, indicadora de la próxima salida de la Luna.

—Vamos, Kate.

Emprendieron la marcha. A los pocos momentos, oyeron voces y

volvieron a esconderse. Esperaron durante una hora, hasta que volvió el silencio. Por fin, alcanzaron el borde de la pista.

—Muy notable —comentó Banlon.

Kate asintió.

—Creo que tenías razón. Los campesinos habrán aceptado el incendio del combustible para tractores. Si vino algún gendarme, vio el avión y también se creyó la fábula.

Delante de ellos había parado otro reactor, idéntico al que les había traído hasta aquel lugar. Banlon observó que incluso las cifras de identificación eran las mismas. La Luna daba ya la suficiente claridad para poder apreciar los edificios de la granja. Uno de ellos tenía todo el aspecto de un cobertizo capaz de albergar un aparato como el que tenían ante sus ojos.

La distancia a la casa donde supuestamente debían de vivir los granjeros, era de cien metros escasos. En una de las ventanas, Banlon divisó una luz. Estaba en el primer piso y la luz se apagó a los pocos momentos.

—Esperemos otro rato a que estén dormidos —dijo.

De pronto, Kate se arrodilló en el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—Roger, esto no es hierba.

Banlon frunció el ceño. Inclinandose, pasó la mano por el terreno de la pista. No tardó mucho en comprender la verdad.

—La pista fue alisada —dijo—. Luego se puso una red metálica. Finalmente, encima de ésta, se colocó césped artificial. Incluso lo habrán regado de vez en cuando y hasta se habrán paseado con los tractores, simulando segar la hierba, etcétera...

—Y todo esto, ¿por qué?

—Por una bomba atómica, que probablemente era el principio de una serie de ellas; mejor dicho, del material necesario para construirlas. Me refiero al uranio, ya que los demás materiales se pueden comprar en cualquier tienda.

—Sí, pero ¿quién compra las bombas atómicas?

—¿Quién compra las armas y material de guerra? Eso nunca se sabe con certeza, Kate. Alguien las usa, eso es todo.

Transcurrió otra hora. Banlon decidió que ya era hora de aproximarse a la casa.

Caminaron prudentemente, aunque el suelo amortiguaba por

completo el ruido de sus pasos. Momentos después, llegaban a la puerta del edificio.

Banlon tanteó con cuidado. La puerta cedió sin dificultad.

Escuchó. Todo estaba en silencio. Hurgó en los bolsillos, encontró una tira de fósforos y encendió uno. Ello le permitió ver el interruptor de la luz. Instantes después se encontraban en condiciones de moverse sin dificultades.

—Un teléfono —murmuró él.

—¿Para qué? —se extrañó la muchacha.

—Kate, no lejos de esta casa hay mil quinientos gramos de uranio. Eso es cosa de la que debiera estar enterada la policía, me imagino.

Banlon paseó la vista por la amplia estancia a la que habían llegado, después de atravesar un pequeño zaguán. Sí, tenía todo el aspecto de una casa de agricultor, pero había en la decoración un punto de falsedad, no fácilmente detectable, que restaba autenticidad al conjunto. Los muebles, aunque rústicos, aparecían demasiado nuevos, demasiado cuidados...

Junto a la entrada, Banlon divisó un gran arcón de madera oscura. Buscaba un arma y levantó la tapa. Lo que vio allí le dejó sin aliento.

—¡Cielos! —murmuró, al contemplar las pilas de bombas de mano contenidas en el arcón.

Sin vacilar, agarró una y la colgó de su cinturón por la palanca de seguridad. Bajó la tapa del arcón y se dirigió hacia una puerta que se divisaba al fondo.

Al abrirla, comprobó que daba a una bodega o sótano. Encendió la luz y bajó, seguido de la muchacha. Había algunos trastos viejos, una estantería con botellas y algunas barricas. Salvo uno, se hallaban vacías. Banlon comprobó la que estaba llena, mediante el grifo.

—Un vino estupendo —sonrió, después de probarlo en un vaso que encontró junto a la barrica.

Kate bebió también un par de sorbos.

—Esto reconforta —dijo—. ¿Qué te parece si buscamos algo de comer?

—Espera un momento.

Kate le miró expectantemente. Banlon parecía sumido en sus

reflexiones. De pronto, dijo:

—Aquí hay algo que no concuerda.

—¿Qué es? —preguntó ella.

—Esta bodega resulta más pequeña que la sala que tenemos sobre nosotros y no parece lógico. Yo diría que es más bien la mitad o quizá aún menos. ¿No lo crees así?

—Puede que tengas razón.

De pronto, Banlon echó a andar hacia la pared que calculaba debía hallarse a mitad de la planta superior.

—Es demasiado nueva —murmuró.

Había dos grandes cajones vacíos, uno encima de otro y quiso mirar en el interior del que quedaba, situado a su nivel. De pronto, las dos tapas de ambos cajones giraron a un lado, como si fuesen las dos mitades de una puerta, dejando a la vista un oscuro pasadizo de unos dos metros de altura por uno de ancho.

—¿Qué te parece? —dijo, satisfecho.

—Muy ingenioso —convino Kate.

Banlon se adentró por el pasadizo que formaban los cajones. Tanteó al atravesar el muro, encontró un interruptor y lo hizo funcionar.

Detrás de él, Kate lanzó un largo «¡Ooooh!» de asombro. Banlon contempló con el ceño fruncido las instalaciones que tenía a la vista.

Lo primero que llamó su atención fue el sistema de brazos mecánicos, que movían las pinzas situadas al otro lado de un espeso muro, perforado por una ventana protegida por un grueso cristal. A través de éste podía verse un largo cilindro, abierto parcialmente, con una serie de extraños mecanismos, que no estaban por completo a la vista.

La mano de Kate tiró de pronto de su chaqueta.

—Roger...

El joven se volvió.

—¿Sí?

—Mira —indicó ella.

Banlon contempló la pila de maletas, idénticas a la que él había recibido en Miami. Había siete.

—Y la mía era la octava —murmuró.

—Calculaste bien, Roger —dijo Kate—. Eso que se ve al otro

lado del vidrio, ¿es la bomba atómica?

—Sí. Quedará lista para funcionar, apenas coloquen el uranio que falta.

—No parece muy grande.

—Los tiempos cambian. La primera que se lanzó pesaba más de cinco toneladas. Esta que tenemos a la vista no pesará, en total, más allá de cien kilos y puede que exagere.

—Sí, pero ¿cómo la harían funcionar?

—Hay tantas formas... Probablemente esté dispuesta para funcionar tanto por un mecanismo de relojería como por una señal de radio o ambas cosas a la vez; es decir, la señal de radio pondría en marcha el reloj, para un tiempo previamente programado. Puede lanzarse desde un avión, por la noche, con un paracaídas, o dejarse abandonada en un coche o una furgoneta o tal vez en un sótano poco concurrido.

—Deberíamos destruirla, Roger —propuso ella.

—Eso se tendría que hacer con medios mejores que los que disponemos ahora, y, por supuesto, evitando los riesgos de una contaminación radiactiva. Pero ahora lo que nos interesa es salir de aquí, para avisar a la policía.

—Muy bien, aunque, ¿cómo explicaremos nuestra intervención en este asunto?

—Podemos avisar en forma anónima.

—Sí, sería lo mejor. Vamos, Roger; me siento terriblemente aprensiva. Pensar que estoy junto a una bomba atómica, que podría devastar media Francia, me pone los pelos de punta.

—Media Francia —sonrió él—. Eres un poco exagerada y, además, no hay posibilidad alguna de explosión.

Agarró la mano de Kate y tiró de ella hacia la salida. Momentos después, llegaban a la estancia superior.

Al cruzar la puerta, se detuvieron en el acto. Delante de ellos había tres individuos, dos de los cuales les apuntaban con sendas pistolas.

El hombre que parecía mandar el grupo era alto, muy rubio, de facciones aristocráticas y mirada burlona. Vestía con gran elegancia y había en sus labios una sonrisa que encerraba una siniestra amenaza para la pareja.

—Confieso que han sido más listos de lo que creíamos —dijo el

rubio—. Nos hemos vuelto locos buscándolos por ahí afuera y resulta que estaban en nuestra propia casa.

—Cosas que pasan —respondió Banlon.

—Sí, pero permitan que me presente. Guillaume Leloup, a su disposición, doctor Banlon.

—Se ha olvidado de mí, Guillaume —dijo Kate.

—Un descuido imperdonable —contestó Leloup—. Le presento mis sinceras excusas, señorita.

—Eso es lo que dice el verdugo, antes de ajusticiar al reo.

—¿Tan negro ve su porvenir, señorita Arnton?

—¿Es usted francés, Guillaume?

—Por supuesto —contestó Leloup en el idioma del país.

—Hum —dijo ella.

—De todos modos, ése no es un detalle relevante. ¿Doctor?

—Dígame, señor Leloup —respondió Banlon.

—Sólo le haré una pregunta y, naturalmente, quiero la respuesta adecuada y exacta: ¿Dónde está la maleta que trajo desde Estados Unidos?

—Guillaume, dígame: ¿quién le compra la bomba atómica que está a punto de terminar?

Leloup suspiró.

—Me pregunto por qué tuvieron que encargarle la misión a un científico nuclear —se quejó.

—Por lo visto, los anteriores mensajeros eran personas corrientes.

—Claro, pero, según veo, alguien pensó en hacer economías. Los otros mensajeros debían de costar muy caros.

—Me parece que exagera, Guillaume —dijo Kate—. Siete balas no es un precio demasiado alto para pagar los servicios de otros tantos mensajeros. ¿Dónde tiene su cementerio particular?

Leloup acusó el golpe. Banlon frunció el ceño.

—¿Lo crees así, Kate? —preguntó.

—Desde luego. Éste es un negocio en el que deben intervenir muy pocas personas y todas de confianza. Los mensajeros debían de ser ajenos al asunto, para que nadie pudiera sospechar de ellos. Llegaron aquí y fueron pagados con un tiro en la nuca.

Banlon sintió un escalofrío.

—Lo mismo nos pasará a nosotros —murmuró.

—Doctor, créame que lo lamento. Usted hubiera viajado pacíficamente a París, pero, entre otras cosas, se negó a tomar el café que quería darle el piloto. Habría llegado aquí dormido y estaría despierto cuando el aparato hubiese tornado tierra en París. Después de lo sucedido, ya no podemos permitirle que salga vivo.

—Hay una cosa que no comprendo bien del todo. El avión despegaba de Burdeos, pero tomaba tierra aquí. ¿No lo advertían en los controles de vuelo?

—Estamos justo a mitad de camino de los radiofaros de Burdeos y Nantes. El aparato puede «desvanecerse» unos minutos; lo justo para desembarcar al pasajero y su maleta. El piloto no tiene necesidad siquiera de parar los motores.

—Lo han calculado bien —se admiró Banlon.

—En este negocio, si las cosas no se calculan bien, se va derecho a la ruina —sonrió Leloup.

Banlon entornó los ojos.

—Usted se llama Guillaume —murmuró—. Alguien acortó su nombre y le llamó Guy, creo recordar.

Leloup alzó las cejas, aunque no comentó nada al respecto. De pronto, alguien entró en la sala.

—El avión está listo —informó Roberts.

CAPÍTULO X

La entrada del piloto provocó una ligera distracción en Leloup y sus esbirros. Banlon decidió actuar; hacía rato que estaba buscando la ocasión propicia, y, en modo alguno, tenía la intención de permitir que lo matasen sin antes haber intentado algo para evitar tan funesta suerte.

Su pie derecho se alzó de pronto y una pistola voló por los aires, al mismo tiempo que se oía un chasquido de huesos y sonaba una terrible imprecación. El otro pistolero saltó a un lado, para buscar un campo mejor de tiro, pero olvidó a la muchacha y Kate le propinó un terrible empujón que lo tiró contra Leloup.

Los dos hombres rodaron por tierra. Roberts forcejeó para sacar una pistola. Banlon saltó sobre él y le golpeó en la nariz con la cabeza. El piloto cayó hacia atrás, aullando como un poseso.

El primer pistolero estaba fuera de combate, ocupado exclusivamente en su muñeca rota por el puntapié recibido. Su compañero quiso levantarse, pero Kate usó también el pie para pegarle en el mentón.

Leloup, aturdido, no acertaba a reaccionar. Banlon agarró a la muchacha por una mano y tiró de ella.

—Vámonos, Kate.

Salieron disparados, pero al llegar a la entrada, Banlon vio el arcón y concibió una idea.

—¡Corre!

Ella le miró un instante. Banlon levantó la tapa del arcón, agarró una bomba de mano, quitó el seguro y la dejó caer sobre las restantes. Acto seguido, se lanzó a través de la puerta.

Kate se hallaba ya a unos veinte metros de la casa.

—¡Al suelo! —gritó él.

Banlon dio tres o cuatro zancadas más. Luego saltó hacia adelante con todas sus fuerzas. En el momento en que tocaba la

hierba artificial, sé produjo la explosión.

Gran parte de la fachada se derrumbó en el acto, con un estruendo impresionante. Banlon creyó por un momento que la casa le iba a caer encima. Apenas sonó el estampido, se puso en pie y echó a correr.

—Kate —llamó.

—Estoy bien —dijo ella.

—Vuelve al mismo sitio de antes.

—Pero...

—¡Haz lo que te digo!

Kate ya no protestó. Banlon corrió hacia el avión, dirigiéndose hacia el costado opuesto a la portezuela, que había visto abierta. Alguien se podía salvar, alguien intentaría escapar con el reactor. Era algo que no podía permitir.

En el interior de la casa sonaban gritos, cuando Banlon alcanzó la cola del aparato. Estiró la mano y dejó la granada que había cogido la primera vez en la toma de aire del reactor de estribor. Inmediatamente, corrió en busca de la protección del cercano bosque, aunque en sentido opuesto a Kate.

Se agazapó entre los setos. Dos hombres salían de la casa, tambaleándose, ensangrentados y cubiertos de polvo y yeso. Leloup era uno de ellos.

Alguien gritó en el avión. Leloup y el otro sujeto, con grandes dificultades, consiguieron llegar hasta el aparato.

—Aprisa, hemos de escapar de aquí —dijo el primero.

—¿Dónde está Roberts? —preguntó Riordan.

—¿No sabe usted pilotar este cacharro?

Riordan se mordió los labios.

—Por supuesto —contestó—. Vamos, entren.

La portezuela se cerró. Banlon continuaba en el mismo sitio.

Riordan encendió las luces. Luego dio el contacto.

Las turbinas empezaron a girar, aspirando aire con más fuerza a cada segundo que pasaba. De repente, se produjo la explosión.

El fogonazo de la bomba alcanzó uno de los conductos de combustible. El aparato empezó a arder.

Sonaron gritos. Banlon vio a cuatro hombres que se tiraban del aparato desesperadamente y corrían en busca de protección. De súbito, surgió una colosal llamarada, a la vez que se escuchaba una

tremenda explosión.

—Creo que con esto se ha acabado el contrabando de bombas atómicas —murmuró, satisfecho.

Con grandes precauciones, dio un rodeo. Al fin se reunió con la muchacha.

Kate se le abrazó fuertemente.

—Estás bien, estás bien... —jadeó.

Banlon le palmeó la espalda.

—Te prohíbo llorar —sonrió.

Ella hipó un par de veces. De pronto, Banlon, sin poder contenerse, buscó los labios femeninos.

Las dos bocas estuvieron unidas largo rato. De pronto, Kate pareció desfallecer.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Banlon, alarmado.

Los brazos de la muchacha se ciñeron con fuerza en torno al cuello de Banlon.

—¿No te lo imaginas? —murmuró.

Banlon sonrió y volvió a besarla.

La noche era clara y tranquila en aquel lugar. El resplandor del incendio no traspasaba la vegetación. Kate se sentía extrañamente segura y confortada en los brazos del hombre.

El pueblo, de cierta importancia, se llamaba Aulnay. Habían llegado a él después de un par de horas de marcha, casi todo el tiempo a campo traviesa, en dirección Noroeste, procurando, en los últimos momentos, arreglar un poco sus ropas, bastante deterioradas a consecuencia de la tarde y noche tan accidentadas.

Alcanzaron Aulnay después de amanecer. Vieron un café abierto y entraron a tomar un buen desayuno. Allí esperaron a que abrieran los comercios. Banlon llevaba dinero en billetes, aparte de sus cheques de viajero, que no quiso tocar por el momento, y compraron ropas en abundancia para ambos. Luego buscaron un hotel, en el que se inscribieron como el señor y la señora Banlon.

—Acabaremos por serlo, así que... —dijo él, con cierta sorna.

Kate se fue inmediatamente al baño. Cuando salió, vio a Banlon escribiendo algo.

—¿Qué haces? —preguntó ella.

Banlon terminó su carta y se la tendió.

—Lee —dijo.

Kate obedeció. Al terminar la lectura, miró a Banlon.

—¿Crees que esto es lo mejor? —dijo.

—Sí. Es evidente que la policía habrá acudido a la granja. Las explosiones fueron muy fuertes y el incendio del segundo avión no se puede enmascarar como resultado del fuego en un barril de combustible para tractores. Leloup y los otros habrán salido de estampida.

—Puede que nos estén buscando —observó ella, aprensiva.

—Tienes un revólver, ¿no?

—Preferiría no tener que usarlo. Ya lo hice una vez y no me gustó.

—Lo sé. Pero volviendo a la carta... En alguna parte dejé una maleta con kilo y medio de uranio. Es de suponer qué hayan encontrado lo que había en el sótano secreto. Pero tienen que encontrar el uranio que traje yo inconscientemente.

—Eso sí es verdad —convino Kate—. ¿Vas a echar la carta ahora al correo?

—¡Oh, no! Cuando nos marchemos. —Banlon bostezó, estiró los brazos aparatadamente y se dirigió a la cama—. ¿Tienes inconveniente en que duerma a tu lado? Observo que el diván es un tanto incómodo.

Kate soltó una risita.

—¿Podría oponerme? —contestó.

Banlon se echó vestido, aunque se quitó los zapatos. Cruzó las manos sobre el cuerpo, cerró los ojos y se quedó dormido en pocos momentos.

Kate le observó con ternura. Cuando le vio que dormía, se inclinó sobre él y le besó suavemente en los labios. Luego, muy despacio, se tendió a su lado.

Despertaron a mediodía. Tras el aseo correspondiente, bajaron al comedor. Después del almuerzo, Banlon pidió la cuenta y un taxi. Una vez en el coche, pidió al conductor que parase en el próximo buzón de correos.

Minutos después, rodaban por la 127 en dirección a París. Atravesaron Melle, y veinte minutos más tarde, alcanzaban la nacional 74 en el empalme de Lusignan. Poco después, contorneaban Poitiers por el Oeste. A media tarde, alcanzaban su objetivo, aunque se dirigieron directamente a Orly, en donde

esperaron hasta conseguir dos plazas en un vuelo regular a Nueva York.

—¿Y después? —preguntó Kate, cuando el avión había alzado ya el vuelo.

—Después tengo que aclarar varias cosas, por ejemplo, los motivos de que se me eligiera a mí como mensajero de la octava parte de una bomba atómica. También tengo un vivo interés por saber a qué se deben los asesinatos cometidos en Miami y el misterio de la muerte de Vartha, por ejemplo. Sin olvidarme de ti, preciosa, porque algo has tenido que ver con todo este asunto, no lo niegues.

Kate sonrió maliciosamente.

—Sí, un poco —admitió.

Banlon se acarició el mentón con gesto pensativo.

—Me pregunto qué habría pasado de no darme mi amigo Farquhart el medicamento para combatir mi *stress* —dijo—. Yo era un hombre bastante tímido, algo introvertido... y nada fogoso. Las lentillas de contacto para los oídos y esas píldoras me han cambiado por completo. Hace algunas semanas, la idea de tomar parte en una aventura semejante, me habría aterrado.

—Sin embargo, te vi actuar con tremenda decisión y un valor escalofriante. Francamente, yo misma estaba sorprendida.

—¿Por qué habías de estarlo, si no me conocías?

—Tenía informes tuyos, Roger.

Banlon la miró de soslayo.

—¿A qué agencia oficial perteneces? —inquirió.

—Es una agencia privada, dirigida por mi padre. Sin embargo, habíamos conseguido el contrato para la seguridad de la International Nuclear Researchs, es decir, la INR si lo recuerdas.

—Demasiado —gruñó él—. Pero, en cierta ocasión, actuaste como un agente del Gobierno. Quiero decir que enseñaste algo al teniente de policía

O'Loyers

y que éste me soltó inmediatamente.

—Estábamos en contacto con el Gobierno, con una autorización privada para colaborar, al menos en este caso. Se habían producido «fugas» de material fisible en tu compañía y nosotros estábamos investigando quién era el culpable de esas sustracciones.

—¿Lo habéis encontrado?

Kate suspiró.

—Hemos dado un gran paso, pero no hemos llegado todavía a la solución definitiva —contestó.

—¿Creías que era yo el que robaba ese material nuclear?

—Oh, no, en absoluto; tú nunca salías de la fábrica con un maletín grande y pesado en las manos. Alguien extraía ese combustible nuclear, en cajas adecuadamente preparadas que, aparentemente, eran enviadas a centrales nucleares, pero que desaparecían antes de llegar a su destino. Por supuesto, ese material sustraído estaba destinado a la construcción de la bomba, que tú, involuntariamente, habrías debido completar.

—Sí, pero ¿dónde iban a emplear esa bomba?

—Roger, no seas ingenuo. Mira el mapamundi, lee los periódicos. En todas partes hay conflictos... y en algún lugar del globo hay un grupo de exaltados que quieren hacer chantaje a algún país vecino, apoyándose en algo más poderoso que unos cuantos batallones de fusileros y dos docenas de tanques, pongo por ejemplo. Los gastos de construcción de la bomba han debido de ser cuantiosos, pero los beneficios habrían resultado incalculables.

—En resumen, les hemos estropeado el negocio.

—Si no descubrimos el origen de las «filtraciones» del material fisible, es probable que vuelvan a empezar. Ahora tendrán más experiencia y podrían conseguir su objetivo.

—Kate, voy a pedirte algo —dijo él.

—Sí —contestó la muchacha de inmediato—. Sí, querido.

—No te metas en más jaleos cuando llegemos a Estados Unidos, no corras peligros...

—Oh, Roger —exclamó ella, visiblemente decepcionada—. Creí que me ibas a pedir otra cosa...

Banlon enarcó las cejas.

—No entiendo, Kate —contestó.

—Bueno, después... de lo que ha pasado, una chica tiene derecho a esperar que el caballero pida su mano. Pero, claro, si sólo he sido un entretenimiento para ti.

—Kate, no digas tonterías —refunfuñó Banlon. De pronto, dio un bote en el asiento—. ¡Casarme yo! —exclamó.

—No te preocupes, sigue soltero. Es una vida excelente, no

tienes que depender de nadie ni las preocupaciones de que alguien dependa de ti. Por fortuna, en estos tiempos ser soltero es una ganga.

—Kate, ¿por qué dices eso?

—Ahora venden calcetines irrompibles y lavables y que se secan muy pronto. Antiguamente, los solteros tenían que zurcirse ellos mismos sus calcetines, pero eso es cosa que pertenece ya al pasado —concluyó la muchacha, sarcásticamente.

Banlon se quedó perplejo. Lo que había sucedido en el bosque cercano a la granja, ¿había sido fruto de algo más profundo que una simple atracción física entre un hombre y una mujer jóvenes?

Kate se había vuelto un poco en su asiento y miraba a través de la ventanilla. Banlon contempló su hermoso perfil. Era una muchacha de gran atractivo, enérgica, resuelta..., pero ¿casarse?

Se arrellenó en la butaca y cerró los ojos.

Era un problema que debería resolver en Nueva York. Cuando hubiera resuelto otros mucho más acuciantes.

CAPÍTULO XI

Llamó a la puerta y esperó. A los pocos momentos apareció una mujer de unos cincuenta años, bajita, un tanto regordeta, con evidentes señales de luchar con la ayuda de fajas y otros artefactos ortopédicos contra el avance de la adiposidad. Tenía el pelo claramente teñido y el rostro aparecía cubierto de una espesa capa de maquillaje. Para Banlon, aquella mujer quería aparentar diez o quince años menos, pero los resultados visibles no podían ser más desastrosos.

—¿Sí? —dijo ella.

—¿Señora McGeering?

—En efecto, Nettie McGeering, señor...

—Banlon, Roger Banlon.

Nettie miró críticamente a su visitante.

—Entre —invitó, sonriendo.

—Gracias, señora...

—Llámeme Nettie, Roger.

Banlon cruzó el umbral. Sí, aquel departamento le era perfectamente conocido. Nada había cambiado desde que Hope Stelling le invitó a tomar unas copas.

—¿Desea beber algo, Roger? —sugirió Nettie.

—Lo que guste, señora... ¿Está su esposo?

—Oh, ¿quién se preocupa ahora del señor McGeering? —contestó ella, con una risita—. Tenemos un par de chinos y ha salido a pasearlos.

—Me gustaría hacerle una pregunta, Nettie.

—Sí, lo que quiera, Roger. Tome, beba.

Ella le entregó una copa, entre dengues y mohines, más propios de una jovencita que de una mujer a punto de alcanzar la cincuentena. Se inclinó mucho al hacerlo, ya que Banlon estaba sentado en el diván, pero él desvió la mirada de aquel escote que

tenía ya muy poco atractivo.

—¿Cuánto tiempo llevan viviendo en este departamento, Nettie? Ella pareció sorprenderse.

—¿Por qué lo dice, Roger?

—Conteste, se lo ruego.

—¿Sólo ha venido a verme para eso?

—En realidad, he venido a ver a su esposo. Pero usted puede contestarme perfectamente.

—Vivimos aquí desde hace años.

—¿Conoce a Hope Stelling?

—No. ¿Quién es ese individuo?

—Vamos, vamos, Nettie, no se haga de nuevas. Usted sabe muy bien que se trata de una mujer. Yo he pasado aquí toda una velada con ella.

—¿Y me lo dice tan fresco? ¡Qué descarado!

—Ahora, a sus años, ¿se asombra de que pasen esas cosas?

Nettie se puso seria.

—Roger, será mejor que se marche —indicó, secamente.

Banlon se puso en pie.

—Si lo prefiere así...

La puerta se abrió de pronto y un hombre penetró en la sala.

—Aprisa, Nettie —dijo el individuo, antes de que pudiera darse cuenta de que su esposa no estaba sola—. Tenemos que marcharnos.

—¡Eddie! ¿Dónde están los perros? —gritó ella.

Eddie McGeering se quedó parado.

—¿Quién es ese hombre? —preguntó.

Banlon se llevó una mano al pecho.

—Señor McGeering, le juro que no vine aquí para seducir a su esposa —dijo solemnemente.

—¡Los perros, Eddie! —chilló Nettie.

—¡Al diablo con esos malditos bichos! —gritó McGeering—. Los he vendido a la tienda de animales de la calle Sesenta y Cinco. Pero ¿qué hace usted aquí?

—Trato de enterarme por qué tienen que irse ustedes con tanta rapidez —contestó el joven, cortésmente—. Y mi nombre, ya que su esposa no me ha presentado, es Roger Banlon.

McGeering se puso lívido.

—Banlon —repitió a media voz.

—Exactamente.

—Pero ¿se puede saber qué pasa aquí? —gritó Nettie.

Banlon se volvió hacia ella.

—¿Le ordenó su esposo que si le preguntaban cuánto tiempo llevaban viviendo aquí, contestase que desde hacía algunos meses?

Nettie se mordió los labios.

—No era ningún pecado, creo —contestó.

—Y a usted, Eddie, ¿se lo ordenó Hope Stelling?

McGeering estaba lívido.

—Sí —murmuró.

—¿Por qué aceptó?

—Bueno, yo... yo trabajaba en... ¡Oh, eso no importa ahora! Tenía un buen empleo, pero un día me apropié de un dinero que no me pertenecía... El caso es que la señora Stelling se enteró... y amenazó con denunciarme si no hacía lo que ella me indicase.

Banlon entornó los ojos.

—Apostaría algo a que usted estaba empleado en la INR —dijo.

McGeering asintió pesadamente.

—Sí —admitió—. Yo le conocía a usted, pero el número de empleados es muy grande y, además, usted nunca iba por mi departamento.

—Contabilidad.

—Exactamente. Lo siento mucho, doctor; pero no me quedaba otra alternativa...

—Ahora venía con muchas prisas. ¿Por qué, Eddie?

—Hope me ha ordenado que dejemos libre el departamento. Tenemos que irnos inmediatamente.

—Eddie, usted no lo sabe, pero usted se ha metido en un lío mucho más serio de lo que se imagina. Voy a darle un buen consejo, para que las cosas se le arreglen sin que tenga que ir a la cárcel.

—Sí, doctor.

—Váyanse los dos, pero no se les ocurra avisar a la señora Stelling. En cuanto me sea posible, yo procuraré arreglar este asunto con los directivos de la INR. ¿Entendido?

—Gracias, doctor...

—Vamos, hagan el equipaje cuanto antes.

Media hora más tarde, Banlon estaba solo en el departamento. El conserje, pensó, habría sido comprado para que le engañase

respecto a la estancia de los dos esposos en el edificio. Pero era un personaje de importancia muy secundaria. Cuarenta o cincuenta dólares habrían bastado para forzarle a la mentira.

La mano, blanca, rematada en unas rojas y puntiagudas uñas, levantó el teléfono y marcó un número. A los pocos segundos, sonó la voz:

—¿Eres tú, Guy? Sí, soy Hope... Bueno, ya estoy de nuevo en casa... No, no tengo noticias de Roger... Ni siquiera sé dónde está, aunque no me gustaría verlo otra vez. Ha resultado ser más listo de lo que calculábamos... La culpa no es mía, en todo caso —dijo Hope, con aspereza—. Cumplí exactamente el papel que se me asignó. ¿Qué culpa tengo yo de que la línea de transporte estuviese ya muy vigilada? Ah, era la persona más adecuada... Bueno, si tú lo dices... De todas formas, yo no pienso moverme de aquí y, por supuesto, no pienso llamarlo... Si quieres mi opinión sincera, éste es un asunto que debemos dejar «enfriar» durante mucho tiempo. Lo haremos mejor la próxima vez... Guy, a veces me resultas un poco ingenuo; yo creo, sinceramente, que no habrá próxima ocasión.

Hope hizo una corta pausa. Luego, sarcásticamente, dijo:

—En cuanto a Banlon, ha demostrado ser más listo que todos. Estropeó el negocio, voló la granja, destruyó dos aviones que valían una millonada, hizo que la policía francesa encontrase lo que jamás debió encontrar... La verdad, me gustaría encontrarle para darle un beso muy fuerte. ¿Que no lo veré más? Allá tú, Guy.

El teléfono volvió a su horquilla. Hope, pensativamente, se sirvió una copa. De pronto, vio que aparecía una mano y se la arrebató, cuando ya estaba a punto de llevársela a los labios.

—¿Quién ha dicho que no me verías más, preciosa?

Hope lanzó un grito de susto:

—¡Roger!

—Aquí me tienes, hermosa. Anda, sírvete otra copa. Estás muy pálida, tiembles... ¿A quién temes?

Ella se pasó una mano por la frente.

—Roger, tienes que dejar que te explique...

—Sólo tienes que explicarme una cosa: ¿ha vuelto Leloup a Estados Unidos? ¿Dónde está?

—¿Leloup? —repitió ella.

—Sí, Guillaume de nombre y Guy para los íntimos.

De pronto, Hope abandonó el bar y fue a sentarse en el inmenso diván que ocupaba una de las paredes de la estancia. Cruzó las piernas y miró sonriente al hombre que había quedado en pie junto al bar.

—¿No te sientas? —invitó.

—Hope, ¿para qué me trajiste aquí el primer día? —Presunto él.

—Cualquiera diría que tienes queja de mi invitación.

—Tú sí te quejabas de mí cuando dijiste que parecía un hombre de la edad de piedra. Hablabas con Guy, si lo recuerdas.

—Es cierto, pero me sentía muy sorprendida. Ya sabes a qué me refiero, ¿no?

—Después de dejar este departamento fui a mi casa. Félix Vartha, el supuesto ladrón de bolsos, estaba allí muerto, con una bala en el pecho.

—Roger, ¿cómo se llama a... a los que no cumplen las órdenes?

—Indisciplinados, aunque tengo la sensación de que Vartha quería actuar por su cuenta. Es un negocio de muchos millones, bueno, lo era, pero imagino que Vartha debía de querer una tajada mayor que la que le correspondía. ¿Acaso buscaba una maleta con libros?

Hope seguía sonriendo.

—Sabes obtener deducciones, Roger. Creo que Guy se equivocó contigo —respondió.

—Por completo, ya sabes lo que pasó en la granja, me imagino.

—Sí, aunque no entiendo cómo llegaste a descubrirlo.

—Había un contador Geiger en el avión. La maleta, además, tenía el forro en malas condiciones. El blindaje de «Plombacalum» quedaba al descubierto.

—Ya entiendo. Desde luego, ha sido un golpe muy duro.

—Pero volveréis a intentarlo.

Hope hizo un gesto ambiguo.

—Habrá que dejar pasar tiempo —contestó—. Roger, querría que me aclarases una duda.

—Dime, Hope.

—Tenía entendido que eras un sujeto tímido, un tanto retraído... Pero, por lo que he oído, has resultado ser una especie de fiera.

—Tal vez me faltaba el choque psicológico que pusiera de relieve mi verdadero carácter —contestó él.

Hope le miró de pies a cabeza.

—Estás muy cambiado, y, por supuesto, más favorecido. Aquellas horribles gafas, el bigote... Casi pareces un muchacho, Roger.

—Sólo tengo treinta y un años. Cinco o seis menos que tú.

Ella saltó en el asiento.

—¡No soy una vieja! —protestó.

—Lo eres. Tu vida se acaba.

—¿Qué? ¿Vas a matarme?

—Estás metida en un negocio en el que no se perdonan los fallos. O la indisciplina, como quieras. Recuerda a Vartha, recuerda al hombre que intentó robarme en el hotel, en Miami; recuerda a Vera Evids... Acaso formaban parte de una rama de la banda que quería independizarse o conseguir una mayor parte en los beneficios. En todo caso, indisciplina o codicia son síntomas seguros de una vejez prematura.

—A mí no me matarán —contestó ella, despectivamente—. Saben que valgo demasiado.

—Quizá piensan que sólo eres ya un trasto inútil.

—¿Estás tratando de meterme el miedo en el cuerpo?

—He ayudado a los McGeering. Hope, ¿por qué has venido a este departamento, después de haberlo abandonado?

Ella se mordió los labios.

—Me lo ordenó —murmuró.

—¿Guy?

—Sí.

—Bien, ¿dónde está ahora?

Hope vaciló unos instantes.

—Es cierto —dijo de pronto—. ¿Por qué me ha dicho que volviese aquí?

De súbito, se levantó, corrió hacia el bar y alcanzó su bolso, que abrió con manos nerviosas. Un segundo después, sacaba un revólver de brillante metal y cañón corto, lo que hizo respingar a Banlon.

—¡Diablos, Hope, tú no...!

—No es para ti —contestó ella, con ojos enllamados—. Lo que acabas de decir me ha hecho ver claro, ¿sabes?

Banlon dio un paso hacia Hope. Ella retrocedió vivamente.

—¡No te acerques! —ordenó.

En el mismo momento, se abrió la puerta. Hope disparó.

Alguien lanzó un gruñido y se tambaleó, pero sin soltar la pistola que tenía en la mano. Hope hizo fuego de nuevo y el sujeto se arrodilló.

Banlon contemplaba la escena, atónito. Hope parecía haber enloquecido, obsesa por el ansia de matar para vivir. Dio un par de pasos hacia adelante, apuntando con el revólver a la cabeza del intruso, pero, de súbito, éste hizo un supremo esfuerzo, alzó la mano y disparó dos veces.

Dos chorritos de sangre saltaron del pecho de Hope, quien se tambaleó, a la vez que emitía un gemido ahogado. También se arrodilló y apoyó la mano izquierda en el suelo.

Banlon contemplaba la escena morbosamente fascinado. De pronto, reconoció al intruso.

Leloup y Hope, ensangrentados, ambos de rodillas, estaban separados solamente por un par de metros de distancia. De pronto, los dos a la vez alzaron las armas e hicieron fuego simultáneamente.

Ya no hubo más disparos. Un segundo después, dos cuerpos humanos yacían en el suelo. Hope, sin embargo, se agitó todavía un poco. Alzó una mano, en una última súplica dirigida a Banlon, pero, de pronto, perdió las fuerzas y se quedó quieta definitivamente.

En el corredor se oían gritos de alarma. Banlon cerró la puerta. No quería intrusos hasta que llegase la policía.

Fue al bar, donde estaba el teléfono, pero antes reparó en el bolso de Hope y lo registró minuciosamente. Había una agenda, que hojeó con rapidez, guardándola a continuación en uno de los bolsillos.

Acto seguido, levantó el teléfono y marcó un número:

—Por favor, póngame con el teniente

O'Lyers

—pidió.

CAPÍTULO XII

Banlon descansaba tranquilamente en su casa, después del ajetreo del día, cuando oyó que llamaban a la puerta.

Abrió. Durante unos segundos, él y Kate se contemplaron en silencio.

Kate vestía con la elegancia de costumbre. En su rostro, sin embargo, había una nota de reproche.

—Pero, Roger, ¿qué has hecho? —preguntó, sin más.

—Entra —contestó él, sobriamente.

Banlon fue a la cocina y encendió el fuego. Kate le siguió.

—He hablado con el teniente

O’Lyers

—manifestó.

—Entonces, sobra todo comentario.

—Algo te dijo Hope Stelling, Roger.

—Sí, un poco.

—¿Puedo saberlo?

—Sólo admitió su parte de culpa.

—¿Nada más?

—Estaba furiosa. Yo trataba de sacarla de sus casillas. Le hice ver que la habían hecho volver a aquel departamento para asesinarla. Entonces ella, al comprenderlo, sacó un revólver de su bolso. Apenas lo había hecho, apareció Leloup.

—Guy...

—Sí.

—Roger, no entiendo por qué tuvieron que matarla —dijo Kate. Banlon puso unas cucharadas de café en el agua.

—¿No lo comprendes?

—Explicate, por favor —pidió ella.

—Hope era un agente ya «quemado». Había dejado de ser útil, para convertirse en algo peligroso.

—¿Lo crees así?

—¿Por qué vino Leloup en persona para ejecutarla?

—Eso significa que sospechaba que tú intentarías localizarla.

—Lógico, ¿no?

—El café ya está, Roger —avisó Kate, de pronto.

Banlon apagó el fuego y llenó dos tazas.

—Las «fugas» de material nuclear han cesado ya —dijo—.

Alguien, o tal vez son un grupo, unos políticos, han perdido unos cuantos millones de dólares y una bomba atómica. No me importa quién o quiénes puedan ser, y ni siquiera me hubiera importado que consiguieran la bomba. Pero no podía tolerar que me mezclasen en este asunto contra mi voluntad, tomándome por tonto de remate.

—Comprendo. Pero ya ha terminado todo. ¿Qué harás ahora?

Banlon frunció el ceño.

—Estoy harto de la física nuclear —contestó—. En estos momentos me siento terriblemente retrógrado y maldigo al que destapó la caja de Pandora, que es el descubrimiento de la desintegración del átomo. Abandonaré la INR y me dedicaré a investigar sobre metales exclusivamente.

—La caja de Pandora contenía todos los males y escaparon cuando un imprudente la abrió, pero en el fondo, recuerda, quedó la esperanza.

—Que siga donde está —gruñó él.

—¿Quieres decir que has perdido tu esperanza particular?

Banlon apuró el café de su taza y la dejó a un lado.

—Hope me calificó de fiera en cierta ocasión. Ahora me siento verdaderamente fiera; sería capaz de morder a alguien y de destrozarle el cuello a dentelladas —dijo.

Kate avanzó hacia él.

—Necesitas tranquilidad y calma —sonrió.

Las manos de la muchacha se apoyaron en los hombros de Banlon.

—También necesitas olvidar —añadió con suave sonrisa.

—Intentas decirme que tú puedes proporcionarme ese olvido.

—Sí, Roger.

Hubo un momento de silencio. Banlon contempló a Kate y apreció el rítmico movimiento de vaivén de su pecho.

—Eres muy hermosa —murmuró.

—Sólo quiero ser bella y deseable para un hombre —suspiró ella—. A decir verdad —añadió—, esperaba que me hubieras llamado este fin de semana.

—¿Para qué?

—¡Oh! Yo sé jugar muy bien a las damas —contestó Kate, repentinamente cáustica.

Banlon la apartó suavemente a un lado.

—Ahora no —dijo.

—¿Recuerdas a Hope?

—¿Tienes celos de ella?

—Ni viva los habría sentido.

—La recuerdo, en efecto. No era mala del todo. Estoy seguro de que desaprobaba esos crímenes.

—Bueno, el que los planeó está muerto. Ha recibido su castigo, Roger —dijo Kate.

—Quizá tienes razón —comino él—. Pero todavía me siento muy deprimido.

—¿Aún te dura el *stress*?

Banlon hizo un gesto indeciso.

—Ya lo he olvidado. Realmente, estaba fatigado, había trabajado con exceso... Pero ahora estoy cansado de otras cosas.

—Ya han terminado, Roger —insistió ella.

De pronto, comprendió que Banlon deseaba estar solo. Era una depresión pasajera, pensó, pero su insistencia en permanecer a su lado podría resultar contraproducente.

—Te veré mañana —se despidió.

—Quizá no esté en casa. Pienso ir a la fábrica a presentar mi dimisión. Tengo algunas cosas que recoger, me despediré de algunos amigos... Pasado mañana, mejor, Kate.

—Como quieras.

Banlon se quedó solo. Volvió al salón, encendió un cigarrillo y se tumbó en un diván, donde permaneció largo rato, contemplando las volutas de humo, no sólo de aquel cigarrillo, sino de los muchos que encendió en el transcurso de aquella larga y tediosa tarde de domingo.

Los ojos del doctor Farquhart chispearon de alegría al reconocer a su visitante.

—Pasa, Roger, pasa —saludó afectuosamente—. La verdad, no te esperaba tan pronto. ¿Ya has terminado tus vacaciones?

—En realidad, sólo he hecho un alto. Continuaré mañana, pero antes pensé que debía venir a verte.

—Te lo agradezco infinito. ¿Cómo marcha tu salud?

—Oh, no puedo quejarme. Tus consejos fueron excelentes. Pero ¿qué quieres que te diga? No acabo de acostumbrarme a las lentillas.

Farquhart se sentó detrás de su mesa de trabajo y contempló al visitante, quien había vuelto a ponerse las gafas que había usado hasta unas semanas antes.

—Opino que te sentaban mejor —dijo—. Pero, claro, siempre fue una opinión y hasta un consejo médico, no una orden.

—Guido, aunque soy joven, ya no estoy en edad de presumir, hasta cierto punto, claro. Por tanto, pienso que las gafas me resultan más cómodas. Además, sabes que mi miopía no es demasiado pronunciada... De todos modos, ha resultado una experiencia muy buena. Y no tiraré las lentillas, porque siempre resultan cómodas cuando se va a la playa o se navega en un balandro... Ah, quería hablarte también de las píldoras. ¿De dónde sacaste esa fórmula maravillosa?

Farquhart hizo un gesto displicente con la mano.

—Es un preparado que elaboro yo personalmente, para algunos pacientes que se encuentren en tu caso. No es nada de particular, un ligero estimulante, sin efectos secundarios perniciosos ni provocador de hábito.

—En ese medicamento está incluida, tal vez, una no pequeña dosis de autosugestión, ¿verdad?

—Hombre, ya que lo dices... De todas formas, cuando el caso es grave, empleo otra terapia, con los medicamentos adecuados. Pero tú no necesitabas ningún tratamiento fuerte, créeme.

—Sí, ya me lo imagino, puesto que he podido comprobar que esas grageas sólo contienen algo de harina azucarada y la capa protectora, de goma soluble, también endulzada. Un placebo, vamos, para que lo entiendas, aunque siendo médico, no hace falta que te explique el significado de esa palabra.

Farquhart se puso serio.

—Roger, en modo alguno se me habría ocurrido recetarte un

placebo —exclamó.

—Pienso que tal vez las primeras píldoras sí contuvieron el estimulante que has mencionado. Pero eso era únicamente en las que formaban las dos o tres primeras capas del contenido del frasco. Las demás no son más que eso: un placebo, la sustancia inofensiva que se da al enfermo para que crea que con su ingestión podrá curarse.

—Roger, ¿qué te ha hecho llegar a semejante conclusión?

—La verdad, un error gramatical, aunque más correcto sería decir fonético. Hace algunas semanas, pasé una velada muy agradable en compañía de la señora Stelling. Por la mañana la oí hablar con un tal Guy. El viernes también habló con el mismo Guy. Francamente, siempre creí que se trataba de Guillaume Leloup.

—No conozco a la señora Stelling ni a ese tal Leloup —dijo Farquhart.

Impasible, Banlon continuó:

—Hope habló más de una vez con Guy. Yo llegué a pensar que era un ahorro de letras del nombre Guillaume, pero estaba equivocado. Ese diminutivo corresponde a tu nombre, Guido, cuya «U» no es muda, sino sonora, debido a su origen italiano. Por eso yo, como todos los que te llaman por el nombre decimos Güido. ¿Lo entiendes ahora?

Farquhart permanecía silencioso.

—De Guido ha quedado en Guy —dijo Banlon—. Y así he llegado, tirando de ese cabo del hilo, a desenrollar el ovillo por completo.

—Interesante, Roger. Prosigue, por favor.

—Eres un buen psicólogo o no serías un psiquiatra de fama. Me diste el estimulante, porque realmente lo necesitaba, y me recomendaste las lentillas, sabiendo, como excelente psicólogo que eres, que al verme sin gafas me horrorizaría de mi bigote y de mi anticuado corte de cabello. Un cambio completo de aspecto fisonómico, ¿verdad?

—Sin gafas tienes que estar muy cambiado, en efecto —convino Farquhart.

—Era necesario para que nadie me reconociese, aunque se supiera mi nombre. Porque el pasajero que viajó a la granja de Francia no se llamaba Roger Banlon, sino que le aplicaste otro

nombre, Jesse Johnson. Naturalmente, sin que yo lo supiera, pero era porque debía morir allí, como han muerto siete más, y así desaparecerían a la vez Banlon y Johnson. Claro está que el capitán Roberts y sus ayudantes de vuelo usaban mi nombre y mi título, pero era para no desvanecer mi confianza. Oficialmente, sin embargo, el que viajaba en el avión era Jesse Johnson.

—Roger, creo que me equivoqué contigo. No soy tan buen psicólogo como me pensaba.

—En eso tienes toda la razón del mundo, porque pasada la euforia de las primeras píldoras, seguí comportándome como si aún tomase estimulantes. Pero es porque estabas engañado respecto a mí. Sí, soy bastante tímido, algo introvertido, de carácter apacible... como lo es un tigre que dormita, hasta que el descuidado viandante le pisa la cola.

—A ti te pisaron la cola —sonrió Farquhart.

—No una, sino muchas veces. Cuando iba a la escuela secundaria, cuando asistía a la Universidad, me gastaron bromas pesadas en muchas ocasiones. Casi nunca hacía caso, porque no merecía la pena enfadarse. Pero algunos se pasaron de la raya y tuvieron que lamentarlo, aunque a mí me partieran también la boca. Habías montado un magnífico negocio, de lenta preparación, pero que te iba a rendir millones, una catarata de dinero. Sin embargo, te excediste al pisar la cola del tigre que dormitaba.

—Tú —dijo el médico.

—Sí. Fue un pisotón muy fuerte..., varios, si lo pensamos mejor. Vartha, el ladrón del hotel de Miami, Vera Evids, el café que no tomé a bordo del avión... y la octava parte de una bomba atómica. Para finalizar, añadiré el último pisotón: Hope Stelling y Guillaume Leloup.

—De Hope no podrás tener queja —sonrió Farquhart.

—No, en modo alguno, sino todo lo contrario. Pienso que era una mujer ambiciosa, que vio la forma de ganar mucho dinero, pero que no estaba dispuesta a conseguirlo mediante la sangre de otras personas.

—Sin embargo, ayudaba a vender una bomba atómica.

—Ayudaba a un contrabando de uranio. —Banlon golpeó su bolsillo de pecho—. Aquí tengo la agenda de Hope, con algunas anotaciones interesantes, incluido tu número de teléfono.

Farquhart volvió a ponerse serio.

—No se puede confiar en las mujeres —se quejó.

—Ni en algunos de tus cómplices que aún viven y que ya habrán sido detenidos, dos de ellos en la propia INR, más Riordan y algún otro. «Cantarán», te lo aseguro.

Hubo un momento de silencio.

Farquhart suspiró largamente.

—Lástima, era un negocio tan bonito... Me pregunto por qué llegó a torcerse.

—Tal vez por la avaricia de usar una maleta ya empleada y con el forro de piel un tanto desgastado. Si no hubiera sido por ese pequeño detalle, que dejaba al descubierto el blindaje de «Plombacalum», todo habría salido a la perfección; un tal Jesse Johnson habría desaparecido sin dejar rastro, y con él se habría esfumado también el doctor Banlon. La bomba habría sido completada y el negocio se hubiera resuelto favorablemente.

Farquhart abrió el cajón derecho de su mesa.

—Roger, siento mucho tener que decirte que no volverás a repetir a nadie lo que has hablado aquí —manifestó, a la vez que sacaba un revólver.

En el mismo instante, detonó un arma en la puerta del despacho. El proyectil lanzó hacia atrás a Farquhart, en cuyos ojos había aparecido un gesto de sorpresa, que se verificó segundos más tarde. Él revólver se desprendió de sus dedos y cayó sobre la gruesa alfombra.

O'Lyers,

seguido de un par de agentes de uniforme, entró en el despacho. Kate lo hizo a continuación.

—Roger.

Banlon se puso en pie.

—¡Hola, guapa! —saludó.

—De buena gana te daría un puñetazo en la nariz. ¿Por qué no me dijiste lo que pensabas hacer? —exclamó ella.

Banlon se volvió hacia el policía.

—Iré a verle en otro momento, teniente —dijo.

—Desde luego —contestó

O'Lyers.

Banlon pasó un brazo por la cintura de la joven.

—No sé de qué te quejas —dijo, mientras salían—. Yo sabía perfectamente que tú, o alguno de los hombres de tu agencia, me seguirían paso a paso. Farquhart no tenía la menor probabilidad.

—Pero debiste haberme avisado.

—Kate, ¿has oído la conversación?

—Sí, claro. La puerta no estaba cerrada del todo.

—Yo la dejé así deliberadamente.

Ella se volvió para mirarle, asombrada.

—Eres un tipo muy astuto —dijo.

—No soy tonto, en efecto. Pero más que astuto, lo que sucede es que soy el tigre que dormita en la selva.

—Hasta que alguien le pisa la cola.

Banlon hizo un gesto de aquiescencia.

—Exactamente —confirmó.

Ya estaban en el ascensor. Kate le miró maliciosamente.

—Roger...

—Dime, preciosa.

—Me gustaría saber si no hay otro modo de despertar al tigre, sin temer sus zarpazos.

—Podemos intentarlo —contestó él.

—¿Cómo, Roger?

—Una vez te sentiste decepcionada, porque no había pedido tu mano.

—Ahora digo sí, sí y sí...

—Cuidado, estás despertando al tigre.

Kate suspiró y se colgó del cuello de Banlon.

—Empieza a devorarme, querido —solicitó, ardientemente.

FIN

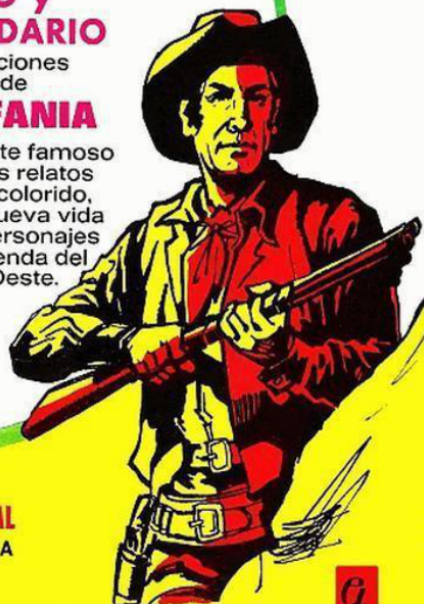
DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

